

LOS ADVERSARIOS DEL TRASFORMISMO.

I.

UN NATURALISTA FILÓSOFO: L. AGASSIZ.

Toda ley de formación que no se apoya en el principio fundamental de la teoría de la descendencia supone forzosamente la intervención teológica de un Creador antropomorfo. Esto es lo que ha reconocido explícitamente el más formal y el más inteligente de nuestros adversarios, Luis Agassiz, muerto hace poco tiempo. Considerando los organismos como *encarnaciones de la idea creadora de Dios*, quería Agassiz que, en el estudio de la embriogenia, el hombre, imagen de Dios, adivinase y *repensase* la idea del Creador. A qué consecuencias absurdas fué conducido Agassiz por esta tendencia dualista, ya lo he demostrado suficientemente en mi *Historia natural de la creación*. Empezar de nuevo la refutación completa de esos errores sería cosa supérflua, puesto que ningún biólogo competente, ningún naturalista que tenga algún juicio, por poco versado que sea en las investigaciones embriogénicas, se atreve á sostener hoy las ideas teosóficas de Agassiz.

Paréceme muy útil, por el contrario, demostrar en algunas palabras el particular papel desempeñado por Agassiz en el dominio de la embriogenia especial. Varias circunstancias me mueven á presentar las observaciones que siguen. En primer lugar, el mismo Agassiz, en los últimos años de su vida, no ha dejado escapar ocasión alguna de atacar de una manera muy viva mis doctrinas embriogénicas, y su último trabajo, que apareció un mes después de su muerte, está también dirigido contra Darwin y contra mí (1). En segundo lugar, los adversarios de la teoría de la descendencia no cesan de citar á Agassiz como la primera autoridad en el dominio de la embriogenia, y repiten á cada instante que este hombre de *conocimientos tan profundos* ha reducido en poco tiempo á la nada los *grandes errores* de Darwin. Aún más: en estos últimos años, la teología ortodoxa y la filosofía cristiana han hecho de Agassiz un *piadoso naturalista* y han adornado su frente con la aureola de los

santos. Examinemos, pues, cuidadosamente al espectróscopo la verdadera naturaleza de este brillante meteoro.

Es preciso observar, ante todo, que Luis Agassiz, aún en las investigaciones de embriogenia especial, no ha tenido conocimientos tan profundos ni prestado servicios tan eminentes como se proclama generalmente hoy. Sin embargo, ha publicado un gran número de buenas obras sobre el desarrollo de diversos animales. Pero estos trabajos de embriogenia especial, como otras muchas Memorias publicadas con su nombre, son, en todo ó en parte, de otros naturalistas. *La embriogenia de los salmones*, ó sea la mejor parte de la *Historia natural de los peces de agua dulce* que apareció en 1842 con la firma de Agassiz, no es de este último, sino de Carl Vogt. Las vastas *Monografías de equinodermos vivos ó fósiles*, y especialmente los buenos trabajos sobre los equinidos que Luis Agassiz ha publicado con su nombre, no han sido hechos por él en su mayor parte, sino por E. Desor, G. Valentin y otros zoólogos. Otro tanto se puede decir de la parte más importante de las magníficas *Contribuciones de los Estados- Unidos á la Historia natural*. Únicamente el primer volumen de esta obra magistral es obra suya por completo; y aquí es donde Agassiz nos presenta la naturaleza como el juguete de un creador antropomorfo. Los otros tres volúmenes, que encierran una hermosa embriogenia de tortuga é investigaciones numerosas y bien cuidadas sobre la anatomía y el desarrollo de las medusas, se deben en su mayor parte, no á Luis Agassiz, sino á su hijo Alejandro, á James Clarck, á David Wenland, á Sourel y á otros naturalistas. Varios de estos *silenciosos colaboradores* que Agassiz sabía emplear, no han dejado de reclamar en diferentes ocasiones el fruto de sus penosos trabajos, especialmente James Clarck y E. Desor. De todo esto resulta de una manera indudable un hecho que, por lo demás, no es un secreto hace tiempo para ninguno de sus colegas de Europa y que es bien conocido igualmente en la América del Norte: que Luis Agassiz ha debido principalmente su situación excepcional y predominante entre los naturalistas americanos, no al valor científico de sus propios trabajos, sino al talento maravilloso que tenía para apropiarse los trabajos de otros, á la rara habilidad mercantil que sabía desplegar para hacer concurrir los grandes capitales á la realiza-

(1) *El tipo específico, su evolución y su permanencia*.—REVISTA EUROPEA, pág. 301 del tomo I.

cion de sus ideas, y, por último, al poderoso espíritu de organización que le permitía crear colecciones, museos é institutos grandiosos. Luis Agassiz fué el caballero de industria más ingenioso y más activo que ha trabajado jamás en el dominio de la historia natural. Que en esta carrera se haya elevado frecuentemente á alturas tales que le dominara el vértigo, se comprende perfectamente.

Yo mismo he tenido un ejemplo muy divertido de esos grandes vértigos de Agassiz. Hace unos diez años los zoólogos fueron impresionados por una nota, repetida en muchos periódicos científicos, anunciando que Agassiz había descubierto en el desarrollo de los peces *las más notables transformaciones*. ¡Súpose entónces sin sorpresa que los salmones no eran más que atunes pequeños, y los arenques, pequeños bacalaos! Envióse entónces á la Academia de Ciencias de Paris, y se publicó en las reseñas de las sesiones de la misma, una comunicacion preliminar con promesa de una próxima Memoria más completa. Todo quedó así, por supuesto. ¿Cuál había sido el punto de partida de este descubrimiento de sensación? Entre los peces que yo había recogido en Messina durante el invierno de 1859-60, elegí varios, que envié como cambio á Agassiz. En esta remesa iban varios ejemplares de un raro escopelinado, el *Argyropelecus hemigymmus*, y varios jóvenes ejemplares de un curioso escomberoide, el *Zeus faber*. Este escopelinado (un fisóstomo vecino de los salmones) y este escomberoide (un fisoclisto vecino de los atunes) son animales separados por un intervalo inmenso en el grupo de los peces. Pero una semejanza exterior bastante débil, en relacion con circunstancias completamente secundarias, había bastado á Agassiz para considerar á los escopelinados como la forma joven de los escomberoides y para formular el extraño descubrimiento de que hemos hablado. Felizmente, yo poseía en mi colección de Messina varios ejemplares muy jóvenes del *Zeus faber*, que eran más pequeños que los más grandes ejemplares de *Argyropelecus*, y que por lo tanto revelaban el engaño de Agassiz. Gezembaur, testigo en todo este proceso, hizo fotografiar las piezas de convicción en tamaño natural y las envió á los diversos interesados. Inútil es decir que Agassiz no contestó nunca.

Este es un ejemplo tomado á la casualidad entre mil. Pero este no es sitio á propósito para insistir más sobre el gigantesco *humbug* (embaucacion) del gran *fundador* de la Joven América. Parécenos más urgente demostrar que si, en opinion de muchas personas, Agassiz ha desempeñado un papel muy importante como embriogenista, no ha merecido esa reputacion ni por sus propios trabajos ni por sus conocimientos especiales. El prefacio que Giebel ha puesto al frente de la publicacion alemana

de las últimas lecturas de Agassiz *sobre el plan de la creacion*, empieza con estas palabras: «Entre los naturalistas de nuestra época, ninguno (!) ha producido trabajos de tan alto alcance y tan *fundamentales* (!), ninguno ha hecho adelantar tanto nuestros conocimientos especiales y generales, ninguno nos ha abierto tantas nuevas vías en el dominio de la zoología, *comprendiendo la anatomía comparada y la embriogenia*, en el de la paleontología y en el de la geología...» Este ditirambo de Giebel resuena como una ironía en los oídos de los iniciados. Porque de todos esos grandes y fundamentales descubrimientos sólo quedan, dejando á un lado numerosas pequeñas investigaciones de detalle, los trabajos de paleontología que tengan alguna importancia, si es posible esto despues de los de Cuvier. De los méritos de Agassiz en geología no saben gran cosa los geólogos, porque la teoría de los glaciares y de la época glacial no es obra suya, como ya hemos indicado. En cuanto al servicio que ha prestado defendiendo hasta el fin la teoría de las catástrofes de Cuvier, creo que no se aprecia demasiado hoy. En zoología sistemática, Agassiz ha producido mucho, pero poco bueno, fuera de sus trabajos de especificacion; sus opiniones sobre la sistemática y la clasificacion son completamente erróneas, como he demostrado en mi *Morfología general*, y la terquedad con que ha defendido constantemente la teoría de los tipos de Cuvier en su significacion primitiva no ha servido para nada en los progresos de la ciencia. Para llegar á grandes resultados en anatomía comparada, le faltaba el sentido de las ideas que forman la base de la morfología; puédesse juzgar de ello por sus erróneas apreciaciones sobre el parentesco de grupos muy importantes, por ejemplo, los protozoarios y los equinodermos. Para abrir nuevas vías á los embriogenistas le faltaba, ante todo, el conocimiento profundo de la organizacion elemental que sólo puede dar el estudio fundamental de la histiología. Hasta qué punto ignoraba Agassiz la *teoría celular* y la teoría de los tejidos que se deriva de aquella, es cosa que pueden apreciar todos los que conocen sus escritos, por las observaciones falsas y por los increíbles absurdos de que están sembradas sus Memorias especiales. Precisamente esta ignorancia de la estructura elemental y de la vida de las células era uno de los más grandes puntos débiles del espíritu de Agassiz, que le hacía imposible una apreciacion justa de los procesos más importantes de la teoría embrionaria de los animales, especialmente la segmentacion y la formacion de las hojas blastodérmicas. Si añadimos que la mayor darte de sus escritos sobre el desarrollo de los animales son en gran parte de otros autores, comprenderemos fácilmente que en su trabajo *sobre el plan de la creacion* indica en los térmi-

nos siguientes lo que él cree ser el *resultado capital* de todos sus estudios de embriogenia: «Mientras más examinamos los diversos modos de reproducción de los animales, más llegamos á la convicción de que *el sostenimiento de una idea, de un tipo, la conservación de ciertas formas en el mundo orgánico, es el fin primordial, el fin indiscutible de la creación.* Esta es al menos la conclusión á que me han conducido mis estudios sobre el desarrollo de los seres organizados.»

Recordemos ahora que en la teoría de Agassiz: primero, toda unidad orgánica ó especie es una encarnación de la palabra creadora de Dios; segundo, toda especie es inmútable, y la idea que ella materializa es permanente; tercero, el objeto primordial de la creación es igualmente inmútable: y llegamos á esta maravillosa consecuencia: *el objeto del Creador al crear los animales y las plantas era guardar inmutables sus propias ideas!* (1). ¿Y es esta la conclusión más importante á que Agassiz ha sido conducido por todos sus estudios sobre el desenvolvimiento embrionario!!

Gran cosecha de semejantes ideas y de semejantes frases se puede recoger en los escritos populares de Agassiz, sobre todo en los de sus últimos años. Entre los naturalistas dignos de este nombre, ninguno creería deber emprender una refutación formal; pero fuera del círculo de los naturalistas, esas ideas son aceptadas con gran respeto y, hasta cuando son incomprensibles, con profunda veneración. Yo no hubiera insistido aquí en la falta de significación de esas doctrinas insostenibles, si la Iglesia ortodoxa, habiendo encontrado en Agassiz un adepto tal como no está acostumbrado á encontrar, no se hubiese apresurado á apoyarse en las teorías de ese hombre eminente para dar así nuevos adornos á la arquitectura de su fraseología teísta. No tenemos que apreciar el efecto producido por la charlatanería, pero el que quiera conocer esta puede acudir á los numerosos artículos necrológicos en que se representa á Agassiz, no solamente como el más grande naturalista de su época, sino especialmente como el que ha sabido poner los más grandes resultados de la ciencia moderna en perfecto acuerdo con el texto de la Biblia, y probar que el relato de Moisés es la verdadera *historia natural de la creación.*

Léjos de mí la idea de tener envidia á mi apreciable colega Moisés (cuyos eminentes servicios he reconocido siempre) por los exagerados homenajes

(1) Agassiz parece preocuparse por saber si el Creador—cuando de tiempo en tiempo (por ejemplo á cada revolución terrestre) crea nuevas especies, es decir, tiene nuevos pensamientos—pierde completamente sus antiguas ideas ó su inteligencia. Páreceme que si medita largo tiempo, sobre ideas parecidas á las de Agassiz, un hombre sano de espíritu debe concluir por perder la cabeza.

que le tributa Agassiz; pero creo poder permitirme, con toda modestia, suponer que este último no ha tomado jamás en serio lo que decía ó escribía en este punto: veo en todo esto el pié de caballo de Mephisto bajo la sotana negra que el maquiavélico Agassiz se ponía de una manera tan teatral y llevaba con tanto garbo. Cualquiera que haya profundizado los numerosos escritos de Agassiz (sobre todo los de filosofía natural teísta), cualquiera que haya relacionado las piadosas ideas que se desprenden de la vida práctica de ese gran caballero de industria con sus preferencias hácia la institución benéfica y filantrópica de la esclavitud, etc., tiene que llegar á la convicción de que el fondo de su pensamiento era bien distinto de lo que dejaba ver en sus obras á los lectores profanos. Es preciso reconocer, sin embargo, que Luis Agassiz ha demostrado un gran espíritu de constancia, perseverando hasta el fin en la vía en que había dado sus primeros pasos: aun despues del golpe mortal que sus dogmas teosóficos habían recibido con la reforma de Darwin, persistió en defenderlos y en presentarlos como los únicos principios científicos que tenían alguna vitalidad. Es que también había llegado completamente por esta manera de obrar al objeto que se proponía. Todos los círculos pensadores de las principales ciudades de los Estados- Unidos se interesaron en la historia natural, y los más ricos comerciantes pusieron á su disposición sumas superiores á las que pudiera esperar ningun zoólogo. Con estos colosales recursos pecuniarios, Agassiz pudo emprender esos hermosos viajes durante los cuales recogían sus compañeros preciosas colecciones, de las cuales nos han hablado tanto los periódicos científicos. Agassiz hacía, segun se dice, los más notables descubrimientos de embriogenia, descubrimientos que rechazaban de una manera definitiva la falsa teoría de la descendencia, y demostraban que sólo el dogma de la creación establecido por Agassiz era la expresión de la verdad. Desgraciadamente, nunca hemos sabido nada más concreto acerca de esos descubrimientos anunciados con tanto estrépito. Gracias también á esos colosales recursos, Agassiz pudo establecer esos gigantescos museos y esos institutos que exceden en extensión y en organización á todo lo que había existido hasta entónces. Esos institutos que debían prestar á la ciencia los servicios más eminentes, admitiendo que el interés que Agassiz supo despertar en favor de las ciencias naturales justificasen la estimación en que se le tiene, no tienen nada que ver absolutamente con el valor intrínseco de su filosofía teológica y dualista ó de sus opiniones sobre el desenvolvimiento de los seres organizados. El objeto á que Agassiz se ha esforzado en llegar, es un objeto ilusorio, y las opiniones que ha seguido no conducen más que al

error. El respeto y la admiración que sus trabajos han inspirado, sólo han tenido un resultado: dar fuerza á las doctrinas que no hemos cesado de oponerle.

II.

UN FILÓSOFO NATURALISTA: MICHELIS.

Después de haber dicho mi opinión sobre Agassiz, la brillante lumbrera de la Iglesia americana, añadiré dos palabras sobre Michelis, miserable lamparilla de sacristía de resplandor vacilante. Este clérigo, viejo católico, que fué también filósofo en su tiempo (en Braunsberg), se ha ocupado recientemente con mucho celo de la cuestión del desenvolvimiento de los seres animados: desgraciadamente le faltaban para este estudio los conocimientos más indispensables; no tenía la menor noticia de zoología sistemática, ni de fisiología, ni de anatomía, ni de histología. El fruto de sus estudios de anatomía fué un libro lleno de rabia concentrada que apareció hace pocos meses con el título de *Haeckelología*. Esta publicación tiene por objeto denunciar al autor de la *Antropogénia* como un hombre de los más peligrosos, un enemigo de la sociedad, y provocar contra las doctrinas embriogénicas modernas una protesta académica, en interés del nuevo Imperio alemán, de las universidades alemanas y de la ciencia alemana.

Aunque viejo católico *liberal*, Michelis deja conocer una simpatía digna de la Edad Media hacia los procedimientos del santo tribunal de la Inquisición. Si se quiere juzgar del verdadero espíritu cristiano, de la dulzura y del piadoso amor fraternal que se encuentra en la *Haeckelología*, léanse las siguientes líneas, que son, en forma de conclusión, las peticiones de Michelis: «La ciencia y las universidades alemanas no pueden aceptar y dejar pasar sin protestas semejante atentado salido de su seno, semejantes ataques contra la verdad de la *Revelación* (!), contra los fundamentos de la *religion* y de la *moral* (!). Sí, la *Antropogénia* de Haeckel, lo mismo que *La antigua y la nueva fe* de David Strauss, es una vergüenza para Alemania, y no porque esos hombres hayan tenido la audacia de rehusar públicamente su adhesión á la eterna verdad cuando ellos no tenían otra creencia mejor con que sustituirla, sino porque el pensamiento que se admiraba tan vigoroso en Alemania desde Leibniz y Kant, ha llegado á un punto en que se ve herido por semejantes síntomas de *alucinación científica* y de *marasmo senil* (!!). Creo, pues, y esta debe ser la opinión de todo verdadero patriota, que *es para Alemania una cuestión vital* saber si se puede conceder el derecho de expresión á opiniones tan impregnadas de ateísmo como las doctrinas de Haeckel.

Esta es la única cuestión que yo deseo provocar con toda esta crítica.»

Como se ve, sólo falta pedir una hoguera para Darwin y sus partidarios. La antorcha incendiaria de Michelis ya está dispuesta para hacernos arder á todos.

El contenido científico de la preciosa *Haeckelología* ha sido ya discutido tan admirablemente por Carus Sterne y Otto Zacharias, que puedo dispensarme de hacer aquí una nueva refutación. Michelis busca la causa primera del desenvolvimiento orgánico, no en las funciones fisiológicas de la herencia y de la adaptación, que, en su opinión, son *conceptos escolásticos*, sino «en una ley que rige la materia, ó en la idea creadora que se impone á la materia.» Se nos lleva simplemente á la *idea creadora* de Agassiz, á la antigua *fuera vital*, á la reciente *ley de reformation* de Goethe. Michelis se une también á Goethe para batir en brecha la ley fundamental de la biogénia. Pero mientras este último se contenta sencillamente con negarla, Michelis ha tenido la dicha de descubrir el origen psicológico de esta ley, y pretende ilustrarnos en este punto. Este origen no es otro que «una *lujación sobrenatural interna* de mi pensamiento (*Haeckelología*, páginas 70 y 71), y mi pensamiento, también cojo, no es más que una *alucinación científica*.» Lo más triste en este accidente es que mi *lujación sobrenatural interna* ha tenido por resultado deformar por tabla el cerebro de Michelis, pero de una manera contraria. En efecto, estudiando con el mayor cuidado la *Antropogénia* y la *Historia de la creación natural*, Michelis (á quien doy desde aquí las gracias) ha sido conducido á la idea herética de que todos los hechos de la anatomía comparada y de la ontogénia hacen muy probable la existencia de lazos genéticos entre los diversos animales, y que el hombre mismo no puede sustraerse á estas relaciones de consanguinidad (pág. 7), y debe ser considerado como el más próximo pariente del mono. Solamente, en vez de querer, como se ha hecho, *remontar* los escalones que constituyen los diversos grados de desenvolvimiento, se necesitaba *bajarlos*. *El hombre no es el animal mejor desarrollado, sino que los animales son hombres degenerados*. Hasta el presente, á pesar de todas las modificaciones hechas en la teoría de la descendencia, había acuerdo en considerar el desenvolvimiento del mundo orgánico como progresivo en su conjunto (lo cual, bien entendido, no excluye la posibilidad de regresión en ciertos casos particulares). Michelis, por el contrario, hace de la regresión el proceso dominante y general, y considera como poca cosa todos los progresos demostrados en ciertos casos particulares.

No hay necesidad de hacer observar cuán poco

se conforma esta teoría de la degeneración con la historia de los pueblos, que es también una parte de la historia del desenvolvimiento de los organismos. ¡Pobres de nosotros, que hemos decaído del estado angélico en que vivían nuestros antepasados Adán y Eva en el Paraíso terrenal! Después de algún tiempo llevamos vestidos, construimos casas, aprendemos á leer y escribir, lo cual es degenerar por lo visto. Más tarde todavía, nuestra triste degradación nos lleva, en creciente rapidéz, al descubrimiento de la imprenta y de las demás artes diabólicas; en fin, hoy hemos caído tan bajos que empleamos todos los días nuevas invenciones infernales, los ferro-carriles y los telégrafos, el microscopio y el telescopio.

¡Qué lástima que Agassiz no haya conocido esta triunfante teoría de la degeneración, esta teoría de la descendencia invertida! Probablemente se hubiera convertido á ella. En efecto, esta manera de ver se conforma mejor con la teoría de la caída y del pecado original que la teoría singular dada por Agassiz, según la cual, el Creador, al fin de cada período geológico y cansado de sus juguetes, hace pedazos el mundo para reconstruirlo de nuevo, amueblarlo con nuevas ideas creadoras (¿más perfectas que las precedentes?) y llenarlo de nuevas plantas y nuevos animales. Como la nueva teoría antropocéntrica de la degeneración formulada por Michelis suministra el medio de reconciliar el mito mosaico del Génesis con las ideas de Darwin y hacerlas conformar de una manera notable (aunque un poco forzada), esta teoría tiene quizá ante sí un gran porvenir, sobre todo si los fenómenos de degeneración y de regresión que existen realmente se exageran por los naturalistas, presentándolos como la expresión de una ley general, y aún buscándolos allí donde no pueden existir. Un joven zoólogo de gran imaginación, Anton Dohrn, ha expuesto recientemente de una manera muy formal que la serie genealógica de los cordones, acranianos, ciclóstomos y peces está establecida al revés, y que por una degradación continua de los peces salen los ciclóstomos, de los ciclóstomos los acranianos, y de estos últimos los tuniceros. Si, para ser lógicos, llevamos más lejos esta degeneración progresiva, nos persuadiremos fácilmente de que los peces derivan de los anfibios por metamorfosis retrógrada, y que los anfibios no son más que mamíferos degradados. Aun entre los mamíferos será fácil demostrar que los monotremas derivan de los marsupiales, éstos de los monos y los monos del hombre. Pero los monos no son los únicos descendientes del hombre, y los mamíferos tampoco son los únicos en gozar de este parentesco colateral. ¡Todos los vertebrados son también hijos de hombres degenerados! Todos (á consecuencia sin duda

del pecado original) son derivados de la especie humana por degeneración progresiva; han perdido pedazo á pedazo todos sus atributos humanos, primero la palabra, después el cuerpo calloso, después las glándulas mamarias y los pelos. Caídos al estado de peces, ven después, como los ciclóstomos, desaparecer sus brazos, sus piernas, sus branquias y sus mandíbulas. ¡Hasta el desgraciado amfioxus, sobre el cual pesa atrozmente la falta de nuestro primer padre, ha perdido por completo la cabeza! No hay nada puro y sin mancha en toda la creación, como no sea Adán antes del pecado, el prototipo del vertebrado perfecto, puesto que el Creador lo hizo á su imagen!

Michelis se representa al Creador, en el momento en que forma los seres, como un organismo real y corporal. Esto es lo que resulta particularmente del maravilloso pasaje siguiente: «Así podemos comprender el conjunto de la naturaleza como la manifestación de una materia caótica indiferente en el interior de un organismo vivo. Sólo quiero desflorar aquí esta idea, no explicarla por completo. También diré de este organismo primordial, empleando la atrevida expresión del profeta: «Dios el creador es la materia de la naturaleza, del Kosmos.»

Es sensible que Michelis no haya hecho más que desflorar sin explicar este profundo pensamiento, que me parece el punto más importante de la nueva teoría de la creación. Debo reconocer también que á pesar de largas reflexiones sobre este punto, y á pesar de una lectura atenta y repetida de la *Haeckellogonia*, no he llegado á comprender perfectamente el encadenamiento de las ideas y la profundidad mística de la teoría de la descendencia invertida. Realmente eso debe pertenecer á la *lujación sobre-natural interna de mi entendimiento*, enfermedad que padezco hace más de quince años, es decir, desde que leí por primera vez la obra maestra de Darwin; quizá también será preciso buscar la causa de mi poco éxito para comprender á Michelis en ese *marasmo senil* en que, según nos dicen los clérigos católicos, ha caído el pensamiento alemán, sobre todo en el nuevo imperio de Alemania. Es una cuestión que dejo al lector el cuidado de resolver, dejándole también el cuidado de elegir por sí mismo entre la teoría teísta de Michelis sobre el desenvolvimiento por degeneración y la teoría panteísta del desenvolvimiento progresivo que he dado como la expresión más clara de las ideas monistas.

E. HAECKEL,

Profesor de la Universidad de Jena.

EL ALCALDE DE OTÍVAR.

VI.

Como todas las operaciones á que nos hemos ido refiriendo en el capítulo anterior tenían lugar durante la invasión de la provincia de Murcia por el mariscal Soult, quien, según ya dijimos, había reforzado los destacamentos destinados á la Alpujarra, no cesaron los combates después del de Motril. Por el contrario, se habían hecho más frecuentes que ántes, y cada día más encarnizados. Y era que Soult que, entre las varias razones que daba entonces para no proseguir su avance, tenía la de la aparición del general Ballesteros en la serranía de Ronda, deseaba, á la vez que escarmentarle, limpiar toda la zona del litoral que cubre la cordillera bética de las guerrillas que tanto entorpecían su acción contra la isla gaditana. Él, así, y Drouet que, al relevar á Sebastiani, había llevado una división de refuerzo al 4.º cuerpo, ponían el mayor ahínco en asegurar su dominación en Andalucía.

El 6 de Octubre combatía el Alcalde en Rioseco junto á los Tablazos de Nerja, teniendo que retirarse ante las superiores fuerzas de infantería y caballería que le presentaron los franceses. En su retirada, y abandonado por su compañero Guerra, rechazó tres columnas que intentaron apoderarse de las posiciones que había elegido, matando por su propia mano al teniente coronel que las mandaba, y haciendo, además, morder la tierra á 43 de los que las componían. Pocos días después, y no lejos de Almuñécar, trababa nuevo combate, en que al segundo tiro del Alcalde caía muerto el comandante francés, al tercero el que le sustituyó en el mando, y al cuarto hería á otro oficial; persiguiendo después á los demás hasta Gete, no sin matar en la persecución 17 infantes y un caballo, herir á 11 y hacer un prisionero.

En seguida se dirigió á Pinos del Valle, y atacó á la guarnición, dividida su fuerza en tres cuerpos con una reserva que puso á las órdenes de su ayudante D. José Estévan. Y hubiera tomado la casa en que se había refugiado la guarnición, incendiando una ermita contigua de que hizo sacar ántes *su ornamento, efigies, aras y toda servidumbre de altares y ropa de sacristía*, sin la oportuna llegada de 450 franceses que desde el Padul acudían en auxilio de sus camaradas.

Tan dueño se iba haciendo del país, que, al retirarse de aquel punto, se encaminó tranquilamente al sitio del Pozuelo, donde estuvo 16 días sin que le molestase nadie, y se paseó después por Jayena, Arenas, Fornes, Gatar, Cómpeña, Torrox, Frigi-

liana, Nerja, y Maxo, adonde llegaba el 30 de Octubre. El 1.º de Noviembre, sin embargo, tuvo que pelear de nuevo con una columna francesa procedente de Almuñécar, «y avanzando mis guerrillas, dice el escrito del Alcalde, se trabó la acción y logré rechazarla con tanta gloria que, sin poderse refugiar al mencionado pueblo (Maxo), les hice marchar vergonzosamente para Almuñécar matándoles 24 infantes é hiriéndoles 16 y un caballo: por mi parte, continúa, no hubo más desgracia que por vengarse cogieron un perro de uno de mis asistentes que como veía corrían de escape los seguía ladrando y lo mataron.»

El 5 de aquel mismo mes, encontraba un destacamento, á cuyo capitán mató por su mano con otros siete polacos más; y el 9 se dirigía en busca de unas partidas de juramentados que le avisaron comenzaban á formarse en la Alpujarra.

No eran seguramente las primeras en aquel país, como habrán observado nuestros lectores en la parte que ya hemos copiado de la relación del alcalde alpujarreño; pero á un español no puede menos de producirle honda sensación el considerar la lucha que hubo de sostener aquel insigne guerrillero con algunos de sus mismos compatriotas alzados en armas por la causa del Intruso.

Andalucía ofreció ese espectáculo con harta y lamentable frecuencia, aun viendo flotar gallardamente la bandera española en las murallas de Cádiz. Las provincias que dos años ántes habían hecho el más glorioso alarde que pueblo alguno hubiese presenciado, pisoteando las hasta entonces nunca humilladas águilas francesas, daban en 1810 más guerrilleros quizás en favor de José que para el movimiento nacional. Aflige profundamente el examen de las *Gacetas* de una y otra parte de los beligerantes, donde aparece el gran número de partidas que guardaban las poblaciones andaluzas ó batían la campaña al abrigo del ejército francés contra las que otros, inspirándose en su patriotismo y en la idea de su independencia, levantaban para la defensa de tan preciados intereses.

¿Qué de extraño, pues, que hombres impresionables como el Alcalde de Otívar se ensañaran tan cruelmente con los que tendrían por desleales é indignos españoles? Para ellos serían mil veces más repugnantes los *Josefinos* que los mismos franceses.

Y tan despiadados se mostraron, con efecto, algunos de nuestros guerrilleros, varios de los que hasta buscaban pretexto en ello para cometer todo género de atropellos en los pueblos, que la Regencia y los generales en jefe hubieron de dar comisión á un número considerable de jefes militares para tener á raya á no pocos de aquellos en sus desmanes y demasías. En la tierra próxima de Jaen re-

* Véanse los números 144 y 145, págs. 678 y 715.

cordamos que campeaba á principios de 1812 el despues brigadier D. Antonio Porta, quien con el carácter de comandante general de la provincia, se ocupó mejor en el exterminio de malhechores y en extinguir las partidas sueltas que por ella vagaban con más daño que provecho de los pueblos, obligándolas á incorporarse al batallon-ó al escuadron de su mando, que en combatir á los franceses, á pesar de no descansar un momento en la tarea de sorprender sus destacamentos y cortar sus comunicaciones y convoyes.

Pero el Alcalde de Otívar no sólo tuvo que luchar con las partidas de juramentados que la discordia española ó la aficion al Intruso levantaban, sino contra armas aún más afiladas, las de la seduccion, puestas en uso por personas que se suponían con influjo sobre él.

En Agosto de 1811 recibía la carta siguiente:

«Granada y Agosto 22 de 1811.—Sr. D. Juan Fernandez.—Muy señor mio y de toda mi estimacion: Su amigo de Vd. Frasquito Garaña del Algarrobo, me habló dias pasados para ver si se podía conseguir la libertad de su muger de Vd. y de su niña, que no ha podido ser hasta la presente por dificultades que á boca dirá á Vd. su misma muger, pues en Cádiz creian que para hiciese daños á su patria convenia que su muger estuviese presa.—Llegó en fin la hora de que yo pudiese hablar al Sr. Mariscal Duque de Dalmacia, á su vuelta de haber derrotado al ejército de Freire; y le manifesté la inocencia de su muger y de su hija menor, haciendo el justo elogio de Vd. y de su conducta anterior, que siempre fué un hombre de bien y pacífico, y no como otros que han entrado en las guerrillas porque antes eran asesinos y ladrones para poder continuar robando.—S. Exa. el Sr. Mariscal que tiene un corazon el mas noble y compasivo que puede hallarse, en el instante le concedió la libertad á su muger é hija de Vd. expresándome estas formales palabras «Si el Alcalde de Otívar es tan hombre de bien como Vd. me lo pinta, que déje de hacer males á su propia patria y á los españoles mismos que son los unicos que padecen por él. Yo estoy pronto á perdonarlo, á conservarle su empleo y su caudal juntamente con sus honores, que le haya dado el gobierno de Cádiz, y le daré el mando de toda la costa para que la limpie de ladrones foragidos y malhechores. Asimismo indultaré á todos los que él diga y presente y se les darán los empleos para los quales él los proponga en su misma comision.»—Ya vé Vd. que ocasion tan favorable le presenta la fortuna. Vd. puede, si quiere, ser feliz con su muger y sus hijos, viviendo en su misma Patria con riquezas y dando empleos á sus amigos y conocidos que Vd. sepa por experiencia que son hombres de bien.—En esto conocerá Vd. la nobleza de corazon

del Sr. Mariscal pues nada interesa en su indulto, si no es restituir la tranquilidad á los miserables pueblos que padecen. Por lo demas sabe Vd. bien que al exercito frances no le pueden hacer daño alguno las partidas, pues cuando quiere arroya á los exercitos españoles como le ha sucedido á Freire. Vd. vé quanto ha cacareado el Conde del Montijo, y asi que vió que podía ser cogido se ha escapado. En fin, Vd. tiene juicio, y ve que esta vida asi; no puede durar mucho, que seis meses ántes, ó seis meses despues está Vd. expuesto á un lance como el del Padul del qual no pueda escapar como la vez pasada; y que en conciencia debe Vd. aprovechar la fortuna que se le presenta para no dejar perdida á su pobre muger y á sus hijos. Por todas partes los franceses ganan. Todas las plazas, unas tras de otras, caen en sus manos y nadie les quita una siquiera, y el Rey que acaba de llegar á Madrid de vuelta de Paris, trae cien mil hombres mas para concluir esta guerra que no puede tardar dos ó tres meses. Y entonces, ¿Qué será de Vd., de su muger, de sus hijos y de sus mejores amigos que le acompañan? Todos perdidos y sacrificados unos hoy, otros mañana.—Amigo mio, reflexione Vd. sobre estas verdades, y no deje escapar la fortuna que llama á su puerta. Yo no tengo otro interes en esto que su bien y el de su familia. Llame Vd. á Frasquito Garaña y preguntele si podrá fiarse de lo que yo le digo. Sobre todo use Vd. de la mayor reserva y mediante á que voy yo á Málaga y allá irá el Sr. Mariscal digale Vd. á Frasquito que vaya á verme á Málaga y él me dirá lo que Vd. piensa hacer.—Mientras tanto no dé Vd. publicidad á esta carta confidencial, ni haga cosa que le pueda comprometer de nuevo.—Tome Vd. el consejo de uno que le quiere. Salvese Vd. y haga feliz á su familia, á sus amigos y á los pueblos y reciba Vd. el sincero afecto de su servidor y amigo—Q. S. M. B.—Francisco Aguilar.»

Hé aquí ahora la contestacion del Alcalde:

«Sr. D. Francisco Aguilar.—Somos 19 de Septiembre. Muy Sr. mio y de todo mi aprecio: En efecto vino á verme el amigo Frasquito Garaña quien me ha informado largamente de la afabilidad de Vd. su afecto, sencillez y protexion como é igualmente los singulares oficios que Vd. hizo para con el Sr. Soult á cerca de la libertad de mi amada consorte y querida hija que consiguió y por lo que doy á Vd. las mas debidas gracias hañadiendole quisiera (como lo deseo) se proporcionen ocasiones en que pueda manifestar á Vd. ó alguno de sus recomendados mi gratitud y total agradecimiento: por lo que respecta á las demas reflexiones de que Vd. me trata en la suya me es sumamente doloroso contestarlas pues en tocandome en materia en que conozca se perjudica la Real persona de

mi amado y penetrado Rey D. Fernando 7.º y sus Reales Armas á quien tan tanto obedezco aprecio y defiendo, es cosa que se me borran todas las luces del entendimiento cegandome con las armas de la mano para defender tan justísima causa que no puedo menos de creer; así lo conocera el talento de Vd. y cariño español á un Rey justo, legitimo y benefico, aunque la fuerza haga reyne en Vd. pasión contraria: bien le compadezco á Vd. segun los loables fines de que me ha informado Frasquito por cuya razon siento en Vd. mas que en otro lo encaprichen haciendolo credulo á ciertas operaciones fantasticas de las cosas del dia, cuya expresion debo manifestarla á Vd. quando le han hecho creer el derrote de Freyre habiendo sido por la contraria quien con Montijo Blech y otros dignos Gefes corren sobre Granada apésurados con las armas en la mano por hazerlas brillar como en breves dias oyra Vd. sus progresos y toda la Nacion Francesa: Vd. crea firmemente quanto le digo y procure salvarse antes que llegue esta epoca, en vez de aconsejarme mi desgraciada suerte de Indulto: este jamas lo solicitaré pues tengo jurado á Dios y prometido al Rey D. Fernando 7.º no bolverle las espaldas: así lo hize quando recibí en su Real nombre la vara de primer Alcalde de Otívar y en cuya justa determinacion perceberaré hasta mis ultimos momentos de mi vida y que disponga de ella el todo poderoso que me la concedió.—Frasquito no me ha hecho ningun esfuerzo sobre mi presentacion pues que conoce para lo que seria como yo.—Deseo la salud de Vd. etc.—Juan Fernandez.—Sigue la rúbrica del Alcalde.»

Ya que la carta de Aguilar no produjo resultado, se hizo que le escribiese en el mismo sentido don Martin de Llanos, regidor de las Alpujarras en Ugijar, y que con el carácter de Comandante militar, fué uno de los que le combatieron más rudamente al frente de una compañía de escopeteros.

La carta decía así:

«Sr. D. Juan Fernandez.—Muy Sr. mio y dueño: Es llegado el caso de contestarle á Vd. á la carta que me escribió desde Ugijar por el conducto de mi hijo.—Yo, amigo mio, no puedo asentir á nada de lo que en ella se contiene; pero quiero pagarle la fineza de haber dejado á mi mujer en libertad.—Vd. no podra ya reinar muchos dias en sus correrías: las cosas han mudado del todo; ya no hay exercito de levante y Valencia esta muy gustosa con que S. M. D. Jose Napoleon haya entrado en ella, y los veinte y dos mil prisioneros que hizo S. M. bendicen la hora en que cayeron en sus manos.—Pero no hablemos de esto; aunque esto no hubiera sucedido así, Vd. sabe que la última *carga es del Rey*, y que mas tarde ó mas temprano perderá Vd. su vida.—Digo esto, para que Vd. reflexione y que

jamás se queje que no procuro pagarle la vida que no quiso quitar á mi familia: así que le prometo ser su Padrino; le prometo el perdón y le prometo una vida tranquila. Vd. tiene pesetas y las disfrutará sin que nadie le haga cargo.—Tres mil hombres libres de otras ciudades seguirán á Vd. tan constantemente como la sombra sigue á su cuerpo. Aproveche amigo mio los instantes; entre en negociaciones conmigo; cíteme si gusta para que nos veamos solos, y bajo la recíproca Palabra de honor Vd. será salvo, y los compañeros de su afecto.—He manifestado el que le profesa su servidor.—El Corregidor y Comandante de las Alpujarras, Martin de Llanos.—P. D. Lo mismo digo al Aro.—Sr. D. Juan Fernandez Cañas.»

Sigue en los documentos justificativos que acompañan al manuscrito la contestacion, que dice:

CONTESTO.

«Sr. D. Martin de Llanos: Muy Sr. mio: antes de que recibiera el escrito de Vd. que llegó á mis manos anoche á las 11 de ella, tenía formado otro concepto de Vd. en su favor respecto á creerle un Sugeto de talento, lo detesto en vista del contenido de la de Vd. quando veo que el Gobierno que hoy le rije le hace crédulo á semejantes encaprichamientos. La toma de Valencia solo aparece en los papeles públicos de su Gobierno, pues los Españoles estamos muy bien satisfechos del suceso ocurrido en dicha capital. Supongo fuese cierta dicha Capitulacion y que hubiesen caído en poder del intruso Gobierno los 22.000 prisioneros que Vd. supone: ¿por esto cree Vd. haber desistido la Suprema Regencia de España é Indias de dar sus rápidas y mas eficacias disposiciones en defensa de su Patria y rescate de su legítimo Soberano? Padece Vd. una crasa equivocacion; Vd. lo que debe procurar en vez de darme semejantes consejos, es salvarse, pues ademas de los valerosos exercitos que quedan en España (fuera del de Valencia) debe la Nacion francesa esperar el Levantamiento en masa de toda España, á quien tanto deben los franceses y Vd. temer, pues ya se va formando en furor al ver tanta impostura para aniquilarla y seducirla.—Quando los generales Polacos Werlé y Dembosqui tomaron á porfia perseguirme mas de un año con sus dos gruesas divisiones unidas á la Columna movible de Competa, todas con el objeto de derrotarme y exterminar mis Individuos; solo pudieron conseguir en las repetidas veces que salieron á batirme ponerse ambos Gefes en salvo ántes que les alcanzase y sufrir igual suerte que la mayor parte de sus tropas, que quedaron en el campo donde me combatieron para escarmiento de todos ellos; y solo se consolaban con ponerme miles de escritos de prometimiento para que me Indutase de que hice igual

aprecio que otro que me dirigió (y conservo en mi poder) D. Francisco Aguilar y Costa, Intendente de los antiguos Reales sitios de España, provisto por el intruso Gobierno á nombre del mismo Mariscal Soult para que me Indultase, dandome el mando de todas las costas con otras ventajas. Cerquese Vd. á Conde y el dirá á Vd. la respuesta, pues quando ningun caso ni aprecio hize á semejantes proposiciones, menos caso haría de sus escritos de usted quando contemplo son de un Sujeto de equivocada opinion.—La libertad de su familia de Vd. en Ugi- jar solo procedió por mirarla con ojos de compa- sion; ser yo sumamente afecto á la razon y justicia; haberme dado buenos informes de sus conduci- mientos, y por consiguiente bastarme oyr á su mis- ma consorte de Vd., y sus lexitimas hijas no tenían culpa para padecer las maldades é iniquidades de su padre y marido.—Si el Exercito de Levante se hubiese ya sumergido él resollará á su tiempo de- bido, y si los 22.000 prisioneros que han caido en poder del Intruso Gobierno bendicen la hora en que así sucedió; enorabuena sean sus pensamien- tos, yo pido al todo poderoso no me abrebie los ins- tantes de mi vida para darsela incesantemente á este Señor, para perseverar en los míos y darle gracias de vivirle siendo un Verdadero Español. Pasele Vd. bien. Etc.—Juan Fernandez:—Su rú- brica:»

Estos conatos de seducción encendían más y más el ánimo del Alcalde, haciéndole proseguir la guer- ra y encarnizarse cada vez más con los que él lla- maba *españoles infames y traidores*.

Para que se comprenda el ardor que de él se ha- bía apoderado, vamos á trasladar unas páginas de su escrito, donde se pinta la persecucion de ese mismo corregidor Llanos que hemos visto trataba de seducirle y donde se cita la ocasion que dió pre- texto á su carta.

«El 17 (de Noviembre de 1811) por la mañana cerqué la villa de Ugi- jar creyendo encontrar allí el Corregidor Llanos y á Maldonado, y recibíendome aquel Juez interino y otros sujetos de conducta, entré en la plaza con mi tropa; dí por órden la ma- yor reserva con el vecindario é hice marchar á to- dos á sus casas; seguidamente me encaminé á las de Llanos y Maldonado; hallé á sus respectivas mu- jeres y las arresté al cargo de un oficial previniendo á éste su buen manejo y trato, y sabiendo por ellas mismas que habían marchado sus maridos para Al- mería con tropa Imperial sin perder momento me puse en marcha para Dalías y á la media legua di- visé al enemigo que formado en dos columnas es- taba por encima del lugar de Lucaynena: dispuse ocultar parte de mis Individuos, hice tomar al Al- calde Aro mi izquierda con 200 hombres á mi Ayu- dante la derecha y yo por el centro con una guer-

rilla de 45 caballos y á mi retaguardia al Teniente D. Antonio Dios con 250 con el intento de cortar- los, á pesar de su ventajosa posicion, empecé á marchar hácia él: pasé el rio de Lucaynena y al dar principio á subir echó á correr el enemigo para Da- liás: me adelanté y al quarto de hora les dí alcance al pié de otra altura respaldándome con una casa de campo: parti á ellos y ántes de llegar volvieron á ponerse en huida de forma que todo el dia pasó así sin cesar de encontrar en los caminos caballos he- ridos zapatos que se les cayan, cajones de cartu- chos que trayan y otras cosas dándome noticia en los Cortijos por donde iban pasando que se iban llevando quantos caballos enco ntraban para condu- cir los heridos: llegada la noche me fué forzoso, mediante la mucha obscuridad ceder mi persegui- miento por haber tambien consumido las municio- nes y no haber comido la tropa en todo el dia, con- tentándome por entonces con haberles muerto 62 hombres y dispersado todos los juramentados, y cogidoles la caja de correo que contenia 12.700 reales vellon.»

«Encaminámonos á Verja distante una legua, de cuyo pueblo iban reunidos con dichos enemigos 56 vecinos que servían en la Compañía franca al man- do del Teniente D. Francisco de Paula Gutierrez; llegamos á las 11 y media y al amanecer del 18 cerqué el indicado pueblo, y con algunas de mis tropas entré en la Plaza: se me presentó el Alcalde interino, y me manifestó que el Corregidor D. Fermin de Cuesta se había huido con otros quantos sugetos que temían mi entrada: esta noticia acabó de poner- me en aspectacion pues ya sabía yo que dicho pue- blo se sublevó en cierto tiempo contra el Excelen- tísimo Sr. Conde del Montijo y sus tropas: mandé á la Justicia me digera el número de sugetos que estaban sirviendo al enemigo, dónde se hallaban y en qué casa estaban curándose un Sargento de la compañía afrancesada herido en un muslo de resul- tas del ataque que dieron al Alcalde de Valor junto al Barranco de Pocayra, contestóme que los solda- dos estaban todos con los franceses en el dia al mando del Corregidor Llanos y de Maldonado y que trayendo á los Padres del Sargento ellos dirían en qué casa estaba: hizose así y supe por este medio su paradero: hice conducirle á mi presencia en la Plaza y hallándole confeso de haber sido herido en dicho ataque contra los Españoles le mandé confe- sar y fué afusilado en medio de la Plaza, sin que sirviese el empeño de un primo hermano suyo Sacerdote con mi Secretario ni los 100 doblones para refrescar la tropa que ofrecía, y despues de haber manifestado al Pueblo la causa de aquella muerte, mandé dar 100 palos á sus padres para exemplar los que se Indultaron por haberse intere- sado diferentes sugetos de carácter: seguidamente

mandé á la tropa por mitades de Compañía saqueasen las casas del Corregidor que había huido, las de todos los sugetos ausentados y las de los padres de todos aquellos que servían con los franceses: duró el saqueo una hora segun mandé y en seguida me dirigí á Ugijar: llegué á las diez de la noche del 19 y el 20 dispuse que el Alcalde de Válór marchase al lugar de Lanjar para observar los movimientos del Enemigo que marchó á Almería: puse en libertad á las mugeres de Llanos y Maldonado, respecto á haber confirmado la verdad en quanto me expusieron del paradero de sus maridos y á que el Llanos me suplicó por escrito la libertad de su muger y familia.»

¡Qué guerra y qué combatientes!

VII.

Fatigaríamos demasiado á nuestros lectores si fuéramos á enumerar todas las hazañas del Alcalde de Otívar, y quitaríamos quizás el interes que debe inspirar á su ingénuo escrito.

No pretendemos en éste sino renovar la memoria, digna de perpetuarse, del intrépido guerrillero, y hacer manifiesta la existencia todavía de un libro cuya falta de publicidad han lamentado talentos tan peregrinos como los Sres. Lafuente Alcántara y Alarcon.

No terminaremos, con todo, sin recordar algunos otros de los servicios prestados por nuestro héroe antes de su apartamiento del teatro de la guerra. Son de tal índole, que bien merecen especial mencion para que se conozcan las mil formas que nuestros guerrilleros imponían á su accion política y militar á fin de que produjese el fruto apetecido en el territorio en que operaban.

Había dispuesto el Alcalde de Otívar, de acuerdo con el conde del Montijo ó en obediencia de sus órdenes, la reunion de todos los dispersos, quintos y mozos solteros desde la edad de 16 á 40 años. Ya se habían incorporado tantos á su partida que formaban un refuerzo de más de 2.300 hombres, aunque desarmados bastantes y todos sin instruccion ni disciplina. Como era natural, al primer choque con los franceses huyeron los nuevamente llamados; y fué necesaria toda la habilidad del Alcalde para eludir el cerco que de los que le quedaban intentaron el 27 de Noviembre varias columnas enemigas destacadas de Guadix y Granada á Laújar, Torbiscon y Órgiva.

Allí debieron desvanecerse las ilusiones que hubiera podido abrigar al verse á la cabeza de tanta gente. Los pocos dispersos y mozos que aún le seguían, le abandonaron huyendo del fuego como habían hecho los primeros; y, aún acudiendo á medidas de rigor, tuvo que limitar su mando al de los

antiguos voluntarios que formaban anteriormente su partida.

Aunque enfermo á la sazón y precisado á esconderse en una gruta, todavía acudió á Puerto-blanco para destruir una cuadrilla de veinte malhechores; matando á seis, que pudo cortar su segundo, como momentos despues á otros seis franceses de la guarnicion de Nerja, encargados, con 44 más de sus camaradas, de convoyar unas cargas de vestuario que habia en Jayena.

Este fué el último combate á que asistió D. Juan Fernandez. Herido en él su segundo, el comandante Herrero, nombró para sustituirle á Simon Maestre, «soldado, dice, valiente y leal.»

«Y viendo, continúa, que mi enfermedad se agravaba, y que me hallaba sin municiones, comisioné á un religioso que me acompañaba para la plaza de Gibraltar ó su Campo donde se hallava el Excmo. Señor D. Francisco Vallesteros Capitan General del 4.º Ejército el que me mandó 8.400 cartuchos y dos caxones de granadas de mano diciéndole al mencionado Religioso pasase yo á ver á S. E. lo que aunque malo en cama, al momento me levanté y bajé á la mar por si podía proporcionar mi embarque, que no pude verificar por el tiempo duro, y haberse ya ausentado el Barco que condujo las municiones: me retiré á un cortijo inmediato hasta que se proporcionase Barco: se verificó el 31 que me embarque en un Falucho de la plaza de Gibraltar á donde llegué á 4 de Enero de 1812: el 7 salí en busca de dicho Sr. Excmo., y le encontré en Cortes: le acompañé hasta Yunquera por su orden y desde allí me dijo fuese á dicha plaza de Gibraltar hasta su regreso.»

«De allí á poco sabiendo que dicho Sr Exmo Don Francisco Vallesteros se hallaba en los Barrios fui inmediatamente y me ofreció auxiliarme con armas y municiones pero no con gente y aunque me ofició para la Junta de Yunquera que allí se me diesen armamento y han pasado diferentes escritos de una y otra parte, hasta esta fecha nada se ha realizado.»

No termina aquí el manuscrito. Existen todavía en él copias de las comunicaciones que durante su ausencia le pasara el citado Maestre, quien no cesó de hostigar á los franceses hasta fin de Mayo de 1812, muy cerca ya de la época en que la victoria de lord Wellington en Salamanca obligaba al mariscal Soult á abandonar las Andalucias.

De modo que no hay punto de vista desde el que se mire al Alcalde de Otívar, donde no se le halle tan hábil como valiente, tan discreto como patriota. Es una figura histórica cuyo olvido por parte de los españoles acusaría la ingratitud más grande.

Para demostrar que su discrecion corría parejas con el patriotismo de que tantas pruebas dió, ahí

está su manuscrito, cuyo último párrafo vamos á transcribir como una de las más elocuentes:

«Y tambien, dice, (puedo gloriarme) de haber llegado el caso de que los enemigos de la ciudad de Granada han sorteado los oficiales que habían de salir en mi perseguiimiento á causa de no haber quien voluntariamente lo hiciese. ¡Viles cobardes! En la iniquidad, en el diabólico estudio para la seducción, en el engaño se encierra vuestro valor: el delito que teneis confesado por vuestra misma cobardía, os arrastrará precisamente al suplicio, que se señalará en la historia para eterno escarmiento: ¡O si yo pudiera dirigir á mi alvedrío el espíritu de mis amados españoles! Ya, ya hubiera llegado este caso.»

Este, con efecto, era el espíritu que embargaba á aquellos hombres, la mayor parte rudos, que con su accion individual y no con la colectiva que sabían le era tan fácil neutralizar á su poderoso enemigo, se propusieron vengar la injusta agresion de que era objeto su patria. El valor y la pertinacia, con ese instinto militar que en nuestra raza ha suplido tantas veces al talento y la pericia, les dieron fuerza para la resistencia. Se despertó en ellos la memoria de las antiguas maneras de sostener los fueros de su independencia, fundadas en el personalismo de que se habían hecho los representantes más autorizados desde la época remota de la invasion romana. Y aislados y todo, siendo tantos y tan hábiles y perseverantes, formaban uno que parecía conjunto capaz de los esfuerzos de la nacion entera y de los resultados sólo presumibles en las colectividades más homogéneas.

En las primeras páginas de «Victor Hugo raconté par un témoin de sa vie,» se lee un párrafo que lo explica perfectamente.

«Y era, dice, que España se alzaba en odio á la dominacion francesa. Se defendía hombre á hombre y palmo á palmo. Imposible el saber por dónde se había evadido el Empecinado, pues los campesinos daban informes falsos cuando no tenían tiempo para huir al aproximarse los franceses. Por lo regular, las aldeas quedaban desiertas y se andaba ocho dias varias veces sin hallar á nadie. Antes de escaparse destruían cuanto no se podían llevar. No se encontraba pan ni carne; y, consumida la galleta, se morían las tropas de hambre... No querían nada para ellos, todo lo hacían por su país; y no les impresionaban ni las promesas ni las derrotas.»

Es todavía más expresiva la relacion que Victor Hugo hacía de la entrada de los franceses en los alojamientos.

«España, pues, gustaba muy poco á nuestra viajera (habla de su madre), y los españoles ménos. Es verdad que ellos se cuidaban muy poco de agradar á los franceses. Ya he dicho que en las ciuda-

des el convoy se alojaba entre los habitantes cuando los había. Su acogida era sombría como la derrota, y fría como el resentimiento. Llegabais generalmente á una casa maciza y sólida que parecía una fortaleza; baja la puerta, achaparrada, doble, de encina, chapeada de hierro, sembrada de clavos como la de una cárcel y con un cerrojo por dentro. Llamabais; nadie respondía. Volviais á llamar; nada. Un nuevo golpe; la casa parecía sorda. En fin, al segundo aldabonazo, y con más frecuencia al vigésimo, se entreabría un postigo y se presentaba el semblante de una criada, seca, con los labios cerrados y la mirada glacial. Aquella criada no os dirigía una palabra; os dejaba hablar lo que quisierais, desaparecía sin responderos, y algun tiempo despues regresaba y os entreabría la puerta. El que os franqueaba la entrada no era la hospitalidad, era el odio. Erais introducidos á habitaciones amuebladas con lo estrictamente necesario; ni un objeto de comodidad ni capricho: la comodidad estaba ausente, y el lujo desterrado. Los mismos muebles se os mostraban hostiles; os recibían mal las sillas, y las paredes os decían: «Vete.» La criada os enseñaba las habitaciones, la cocina y las provisiones; se iba y no volviais á verla. Jamás veiais á los dueños: habían sabido que iban á alojar franceses; habían hecho preparar las habitaciones y la comida, y no os debían nada. Al primer golpe de aldabon, se retiraban á los cuartos más lejanos con sus hijos y criados, se encerraban en ellos y esperaban como presos en su misma casa á que se marcharan los franceses. No oiais ni un paso, ni una voz; los mismos chicos se callaban. Aquello era el silencio y el anonadamiento del sepulcro; la casa estaba muerta. Victor Hugo, continúa el autor de quien yo he adquirido estos detalles, y cuya conversacion trato aquí de reproducir literalmente, contaba que nada había tan siniestro como aquel suicidio de una casa.»

Si los franceses hubieran hecho otro tanto en 1870, ¿creen nuestros lectores que hubieran sido tan fácilmente vencidos por los prusianos?

Y no es que despreciaran el sistema; no es que lo echasen en olvido, pues que muchos de ellos lo recordaban al sentirse impotentes contra el alud ingente que se les echaba encima. Sus ejércitos, los que formaban, y con razon, el orgullo de la nacion francesa, los en quien tenían completa confianza al verlos de tanto tiempo atras coronados del laurel de la victoria, habían sido barridos; sus plazas se entregaban ántes de ver abierta brecha en los muros; la autoridad, único elemento de reorganizacion que les quedaba, andaba por los suelos, incapaces los que la habían aterrado de crear resistencia sólida alguna, desacreditada por ellos mismos la que pudieran ofrecer los voluntarios al modo fran-

ces, sin patriotismo, sin organizacion ni disciplina. Pensaron, pues, algunos en la guerra de guerrillas; pero al primer castigo impuesto á los que se atrevieron á impedir la circulacion de los trenes por un ferro-carril, todos temieron la severidad alemana y cesaron en sus nobles propósitos.

No les culpamos: creemos que esa clase de resistencias no caben sino en pueblos pobres, y cuya historia las acredite; y los franceses se mantienen hoy más que nunca apegados á los intereses materiales, capaces por sí solos de embargar el patriotismo más levantado. Por mucho que lamenten el epicurismo de que son presa, todavía han de sentir más sus males para que, poniéndole remedio, recuperen la virilidad característica de sus antepasados.

Aquí, en España, el castigo impuesto á los guerrilleros como á *bandidos*, *brigantes*, á *turcos*, en fin, *del Oeste*, como dice Schépeler, era contestado con tales represalias, que no pocas veces aterraban á los mismos generales franceses. La barbarie del invasor con los hombres y con los pueblos, era cien veces más funesta para él que una derrota. Ni aquí se estimaba la hacienda al perderse en servicio de la patria, ni las fatigas más rudas ni la sangre se medían al ofrecerse en holocausto á principios tan santos como los que puso en peligro la invasion francesa.

Le fué á ésta imposible la tarea de convencer á los españoles de que no atentaba á la religion ni á la integridad de la patria, y de que si había despojado á nuestros reyes de su cetro era para la regeneracion nacional que ellos estorbaban. Ni cómo había de engañarlos, cuando se verificaba por caminos tan tortuosos y con armas tan traidoras?

El mismo Napoleon lo dijo despues: «De todos modos, lo confieso, yo emprendí muy mal aquel asunto: la inmoralidad debió mostrarse demasiado patente; la injusticia demasiado cínica, y el todo apareció muy villano, pues que sucumbí.»

¡Qué de extraño, pues, que la explosion nacional fuese tan unánime y violenta? Tan unánime y violenta y generosa á la vez, que decía Lannes, el ilustre duque de Montebello, despues del sitio de Zaragoza: «¡Qué guerra! ¡Qué hombres! Un sitio para cada calle, una mina debajo de cada casa. ¡Estar obligado á matar tantos valientes, ó, si se quiere, tantos locos! Aquella guerra es horrible. Se lo he escrito al Emperador; la victoria entristece.»

El Alcalde de Otívar recobró la salud por poco tiempo, pues falleció en Marzo de 1815, desempeñando, al decir de su nieto, el cargo de Gobernador de la plaza de Almuñécar.

Dejó dos hijos, ya difuntos, un varon y una hembra; y de ésta nació el D. Eduardo Ligero y Fernandez, que ha facilitado el manuscrito, fundamento del breve trabajo que hoy ofrecemos al público.

JOSÉ G. DE ARTECHE.

UN PARALELO PSICOLÓGICO.

(Conclusion.) *

Estas consideraciones me parece que tienen bastante fuerza para no cambiar radicalmente el lenguaje del Libro de Oraciones. Ha creado sentimientos más íntimos y profundos de lo que nosotros podemos ver y medir. Nuestros sentimientos no se acomodan á un lenguaje de la virtud y de la religion, sino precisamente á ese lenguaje. Una gran parte de él todavía podemos usarla en un sentido literal. Pero la cuestion se ofrece más difícil en aquella en que no es posible. Claro está que los que lo acepten literalmente, continuarán usándolo. Pero aún para nosotros que no admitimos su significado literal como otros hacen, y como un tiempo hicimos nosotros, conserva una influencia verdadera, porque nos hace sentir. Aquellas antiguas formas de expresion constituían el sincero propósito de los hombres para elevar con merecido honor lo que nosotros honramos todavía, y la sinceridad del intento presta belleza y emoción á las palabras, convirtiéndolas en dulce poesía. Los Credos tienden bajo este punto de vista á exaltar á la mayor altura á nuestro Redentor, asignándole todos los atributos con que los hombres suelen honrar las cosas. He llamado al Credo de los Apóstoles la ciencia popular del Cristianismo, y al Credo de Nicea su ciencia docta, y bajo cierto aspecto lo son. Mas bajo otro y más exacto aspecto, el uno es la poesía popular, y el otro la docta, ó—para emplear la palabra que Schopenhauer aplica á la filosofía de Hegel—la poesía *escolástica*. El uno exalta á Jesus por medio de imágenes concretas; el otro por un juego fantástico de ideas abstractas; ambos las augustas ampliaciones y las altas especulaciones que asaltan al espíritu cuando trabaja con amor y confianza sobre el tema inagotable de esta profunda verdad: *Salvacion por medio de Jesucristo*. De este modo son poesía para nosotros, y poesía consagrada, por haber estado en los labios de nuestros antepasados durante dos mil años y haber sido la que balbuceamos en nuestra infancia. De este modo, pues, podemos *sentir* los Credos, aún cuando no los

* Véanse los números anteriores, págs. 675 y 706.

aceptemos literalmente; al paso que, como aproximaciones de una verdad profunda, podemos usarlos. No podemos llamarlos ciencia lo mismo que los Artículos, pero aún podemos sentirlos y usarlos. Y si esto podemos hacer en los Credos, con mayor razón podemos hacer lo mismo y aún más con el resto de las fórmulas del Libro de Oraciones. En cuanto á los verdaderos fundamentos de la religión cristiana—la creencia en la salvación por la virtud y la virtud por medio de Jesucristo—estamos de acuerdo en realidad con todo el mundo religioso en general. En cuanto al verdadero objeto de la Iglesia, que es el fomento del bien, también estamos conformes. Y, por último, en cuanto á la forma del culto, forma consagrada por tantos siglos, no necesitamos romper con ella. Todos podemos vivir, pues, en estrecha amistad. Indudablemente se han de introducir con el tiempo algunos cambios en las fórmulas del Libro de Oraciones. Ciertas cosas desaparecerán y las reemplazarán otras. Pero tales cambios tendrán lugar, no violentamente, sino de un modo lento y por el deseo general. Serán traídos, no por un espíritu de escrupulosidad, innovación y negación, sino con el laudable propósito de expresar en los ritos de nuestra Iglesia algo que aún no está bastante expreso.

Después de todo, nos confirma en la creencia de que los puntos cardinales de nuestra religión son más escasos y más sencillos de lo que generalmente se supone, la creencia del mismo Jesús. Y del mismo modo, la mayor razón que tenemos para continuar usando el lenguaje familiar de la religión como pura poesía ó como una expresión aproximada, aunque no podamos aceptarlo literalmente, es que esta fué la práctica de Jesús. Así acontecía, en efecto, y el profundo error de la religión popular sobre su significado viene precisamente de esta práctica de Jesús. Mas si él hizo uso de este lenguaje, dando lugar á tales errores, fué porque era el mejor y el único posible. La religión popular no se transforma introduciendo un nuevo lenguaje religioso y separándose de las antiguas imágenes, sino conservando éstas y las antiguas formas de expresión, procurando al mismo tiempo encarnar en ellas el espíritu y el nuevo ideal del Cristianismo.

Cuando Jesús hablaba del Hijo del Hombre en medio de su gloria y rodeado de ángeles, sentando al bueno á su derecha y al malo á su siniestra mano, enviándole después al fuego eterno preparado por el diablo y sus familiares, ¿hablaba en un sentido literal y quería significar que todo esto debía forzosamente acontecer? La religión popular así lo supone. Pero muchos hombres religiosos creen que usaba las figuras del juicio Mesianico, que eran corrientes para su auditorio, con objeto de grabar en él este principio capital: qué clase de espíritu y

de conducta conducen á la salvación, y cuáles no. Y ciertamente todos pueden percibir que cuando Jesús hablaba á sus discípulos de sentarse en el trono del cielo para juzgar á las doce tribus de Israel y de beber en su compañía el nuevo vino en el reino de Dios, adoptaba aquellas imágenes materiales y aquellas creencias sin las que no podía inculcar en los discípulos su pensamiento. Pero algo no podrá decir que Jesús usó de este lenguaje porque él mismo participaba de las nociones materialistas de sus discípulos sobre el reino de Dios, y pensaba que lo de hallarse sobre un trono rodeado de nubes y bebiendo vino pudiera realmente tener lugar alguna vez. Mas existen señales bien claras de lo contrario, esto es, de que él no participaba de estas creencias ni de este modo de concebir el reino de Dios. Porque todos ellos, hasta el más sabio, juzgaron ostensiblemente, lo mismo antes que después de la muerte de su Maestro, que este reino debía ser una repentina, milagrosa y externa transformación de las cosas, la cual debía verificarse pronto y en su mismo tiempo. Y ellos mismos nos presentan á Jesús manifestando lo que está en completa contradicción con todo esto. Nos le presentan describiendo el reinado de Dios como un cambio interior que debía llevarse á cabo en un periodo inmenso de tiempo por medios naturales y por un desarrollo gradual, no repentina y milagrosamente.

Lo compara á un grano de semilla y á un puñado de fermento. Dice: «Así es el reino de Dios, como si un hombre esparciese semilla sobre la tierra, pudiendo acostarse y levantarse muchos días antes que la semilla brote.» A sus discípulos les dice que las buenas nuevas de este reino debían predicarse á todo el mundo. El mundo debía ser primeramente evangelizado, lo cual no era obra de una generación, sino de siglos; y entonces, pero sólo entonces, podría venir *el fin*, el día de la gran transformación, sobre la que tantos cálculos habían hecho. Ciertamente que ellos le hacen hablar como si él creyese que este fin se hallaba próximo. Pero está bien manifiesto que les hablaba en distintas ocasiones de dos *fin*es, uno el fin de la nación judaica, el cual, cualquiera que examinase las circunstancias de aquel tiempo, podía prever, y otro el fin del mundo, el advenimiento del reino de Dios. Los discípulos confundían ambos fines, y por esto, á no dudar, él vió cosas muy distintas y mucho más verdaderas. Si usa este lenguaje y estas imágenes tan materiales no ha sido porque participara de sus ilusiones. Y sin embargo, los usaba.

Y cuanto más examinemos el lenguaje de los Evangelios, más nos convenceremos de que no pertenece por entero al mismo evangelista, ni ha sido inventado por él, sino que está lleno de reminis-

cencias y de citas. Todos saben hasta qué punto se hallaba el espíritu de los evangelistas preocupado con el contenido de uno ó dos capítulos de Daniel. Es imposible comprender nada del Nuevo Testamento sin tener presente que el eje sobre el que gira todo lo que allí se expresa lo proporcionan los versículos de Daniel. «El Dios de los cielos levantará un reino que jamás será destruido y que durará eternamente. Vendrá un tiempo de turbaciones y catástrofes como nunca se han visto desde que hay naciones. Ví que los tronos se derrumbaron y el Anciano de los dias se sentó en el suyo: y veo que el Hijo del hombre, rodeado de las nubes del cielo, se aproxima al Anciano de los dias. Se estableció el juicio y los libros fueron abiertos. Y muchos de los que dormían en el polvo de la tierra despertaron, algunos para la vida eterna, y otros para el eterno desprecio.» El lenguaje de este grupo de textos es el que á mi entender regula el de los relatores del Nuevo Testamento. Los discípulos lo emplean en un sentido liberal: Jesus lo empleaba en un sentido figurado y poético; pero al fin todos lo emplean.

Los textos de Daniel todos los conocen. Pero á ménos que un hombre esté muy versado en los profetas, no puede comprender en mi concepto hasta qué punto no son originales los discursos de Jesus, sino que están hechos con el lenguaje del Antiguo Testamento—el lenguaje religioso en el que él y sus oyentes habían sido educados—adoptado por él para comunicar sus propias ideas. Dificilmente se encuentra un solo rasgo en el gran sermón apocalíptico del capítulo XXIV de San Mateo que no tenga su precedente en algun profeta. Hasta cuando el pensamiento de Jesus parece más original y más profundo, la frase que emplea es antigua. En la institucion de la Comunión, su *nueva alianza* es una frase de la admirable profecía del capítulo XXXI de Jeremías. La *alianza por medio de su sangre* está tomada del Éxodo, y también probablemente de una frase del extraño pero entonces popular libro de Zachariah. Estas frases familiares á él y á sus discípulos las adoptaba Jesus voluntariamente.

Pero si reducimos nuestras investigaciones solamente al Antiguo Testamento, no tendremos un conocimiento suficiente de hasta qué punto el lenguaje de Jesus no es propio ni original, sino el lenguaje y las imágenes que eran corrientes en aquel tiempo. Esto es lo que da tanta importancia y valor al libro de Enoch. Este libro—citado, como todos recordarán, en la Epístola de Judas—explica lo que pudiera considerarse, si no tuviéramos esta explicacion, como una amplificación ó adorno que hiciera Jesus, hablando sobre el fin del mundo, de los datos materialistas proporcionados por el Antiguo Testamento. Si de este modo los hubiese amplificado,

podría decirse con seguridad que los había tomado en su sentido literal.

Pero el libro de Enoch presenta la mayor altura que estos datos alcanzaron en las primeras décadas del siglo segundo ántes de Jesucristo, cuando se escribió el libro de Daniel, y en las últimas décadas á las que pertenece el libro de Enoch. Y este mayor desarrollo del lenguaje figurado Mesianico era con el que el espíritu de los contemporáneos de Jesus estaban familiarizados. Hablando con ellos, debía contar con esta familiaridad. Aunque el libro no es canónico segun esto—porque vino demasiado tarde y quizá contiene cosas demasiado extrañas para su admision en el Cónon—está lleno de interes, y todos deben leerlo. El original hebreo y la version griega se han perdido; pero el libro pasó á la Biblia Etiópica, y el viajero Bruce trajo de Abysinia un manuscrito etiópico de él. El primer traductor y editor que tuvo, el arzobispo Laurence, llevó á cabo su trabajo, segun dicen los orientalistas, de un modo imperfecto, y no puede confiarse en la version inglesa. Hay una excelente traduccion alemana; pero deseo mucho que el obispo de Gloucestre y Bristol, que pertenece, segun tengo entendido, á la escuela Etiópica, nos dé el libro en inglés con toda correccion.

El libro de Enoch contiene los nombres y los términos que ya nos son familiares por el Antiguo Testamento: Cabeza ó Anciano de los dias, Hijo del hombre, Hijo de Dios, Mesías. Frecuentemente emplea para Dios la designacion de *Señor de los espíritus*, y para el Mesías las de *el Elegido, el Justo*, las cuales encontramos en el Nuevo Testamento, sin que éste las hubiese tomado del Antiguo. Habla de ángeles que acompañan al Hijo del hombre para juzgar, y del Hijo del hombre «sentado sobre su trono de gloria.» Contiene repetidas veces la bien conocida frase del Nuevo Testamento: *el dia del juicio*: contiene su «region de las tinieblas» y su «infierno». Contiene también su bella expresion de *hijo de la luz*. Estas adiciones al lenguaje del Antiguo Testamento habían pasado ya cuando vino Jesus, á la religion de su tiempo. Él no las inventó, sino que las encontró hechas y las usó. Empleó como sancion de su doctrina las nociones que sus contemporáneos tenían del juicio final y del infierno, lo mismo que había hecho Sócrates. Habló de la region de las sombras y del fuego inextinguible, como Sócrates había hablado de las riberas del Tártaro. Y muchas veces, cuando Jesus emplea frases que nos parecen propias, no hace más que adoptar las que ya eran corrientes por el libro de Enoch. Cuando dice: «Mejor fuera para el hombre no haber jamás nacido;» cuando dice: «Regocijaos porque vuestros nombres están escritos en el cielo:» «Los ángeles contemplan eternamente el

rostro de mi padre, que está en el cielo;» cuando dice también: «El hermano entregará á la muerte al hermano, y el padre al hijo:» «Entonces brillará la virtud como el sol en el reino de su padre;» no hacía más que recordar el libro de Enoch. Cuando hablaba de *la Iglesia*; cuando dice á Pedro: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré *mi Iglesia*, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» —expresiones que algunos, por la palabra *Iglesia*, rechazan, y otros las convierten en fundamento de las más ilusorias pretensiones,—Jesus no hacía más que recordar el libro de Enoch. En este libro la frase *compañía, congregación* (en griego *Iglesia*) de los *justos ó virtuosos*, se repite constantemente. El Mesías, el fundador del reinado de Dios, es el Justo; «la compañía del Justo» la forman aquellos que le siguen y que se asocian á él, constituyendo su Iglesia. Cuando Pedro, según esto, hace su ardiente declaración de fe, Jesus dice: «Piedra es tu nombre, y sobre esta piedra yo edificaré mi sociedad, y el poder de la muerte no prevalecerá contra ella.» Ved, pues, el origen de la colosal inscripción que se halla en la techumbre de San Pedro: *Tu es Petrus, et super hanc petram œdificabo ecclesiam meam!*

La lección práctica que de aquí sacamos es que debemos evitar toda revolución violenta en las palabras y en las exterioridades de la religión. Sentimientos muy profundos están ligados á ellas, y están dirigidas al supremo bien, aunque entendido de un modo imperfecto. Las palabras prestan á la religión belleza; las formas que se agrupan en su torno, efecto y solemnidad. Deben usarse como poesía, mientras nuestros esfuerzos se dirigen á levantar la vista hácia el ideal que quieren representar. Debemos emplearlas como las empleó Jesucristo. Ya vemos con qué libertad las usó. ¿Qué diferencia entre el significado que él las concedía y el que las dieron los judíos! Y no obstante, ¿con qué verdad puede decirse que él y sus discípulos tenían la misma aspiración y se dirigían al mismo fin! ¿De qué modo tan imperfecto le entendieron sus discípulos y de qué modo tan imperfecto le dieron á conocer! Mas los resultados han justificado su modo de proceder. Porque mientras arrastra consigo á sus discípulos, al mundo detrás de ellos y á todo el que hoy quiere ver por los ojos de aquellas primeras generaciones, todavía señalaba su verdadera significación tan indeleblemente, que es bastante para satisfacer á aquellos que por el trascurso de los tiempos, por el ensanche de la experiencia y el aumento de conocimientos no encuentran ya satisfacción en las antiguas formas. Y no debe suponerse, bajo ningún concepto, que es necesario ó conveniente rechazar ahora toda la poesía de la religión popular más que en tiempo de Jesucristo. Sino que

se debe tratar con entusiasmo de hacer prevalecer su verdadero sentido cuando la usemos. Porque el efecto inmenso que se halla en la vida y muerte de nuestro Salvador, lo produce esta poesía. Quizá haya dicho yo en este artículo demasiado acerca de lo que era pura poesía para él y muy poco sobre lo que deseaba expresar con ella. Terminaré con una serie de máximas de Jesus bien conocidas, tales como los Evangelios nos las presentan. Pero al ofrecerlas juntas ó al reunir las, juzgo que podremos comprender mejor lo que él quería significar y cómo sus discípulos tomaron el sentido tomando sus dichos parcialmente é interpretándolos con la luz de sus preocupaciones. Debemos comenzar, en verdad, con lo que él y ellos comienzan, con lo que el mismo Cristianismo comienza y termina: «el reinado de Dios.»

«El tiempo se consumió y el reinado de Dios está cerca: que cambie el hombre su criterio y que crea en las buenas nuevas.

El que crea, tendrá vida eterna. El que escuche mi palabra y crea en Aquel que me envía, tendrá vida eterna y no sufrirá el juicio, sino que pasará de la muerte á la vida. En verdad, en verdad os digo que la hora se acerca, y ahora es cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y aquellos que la escuchen vivirán.

Yo he salido de Dios y estoy aquí, porque yo no vengo de mí mismo sino de Aquel que me envía. Ningún hombre puede entrar dentro de mí sino el Padre que me envía, y yo me elevaré hasta él en el último día. Aquel que sea de Dios oirá las palabras de Dios; mi doctrina no es mía sino de Aquel que me envía. El que me recibe, recibe al que me envía.

¿Y por qué me llamis Señor, Señor, y no haceis lo que os digo? Si sabeis estas cosas, felices vosotros si las haceis. Limpiad lo que se halla dentro; los malos pensamientos y los malos deseos del corazón corrompen al hombre. ¿Y por qué observas la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo? Manteneos firmes contra la falsedad: Dios contempla vuestros corazones; bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán á Dios.

Venga á mí todo el que trabaje y se sienta maltratado, y yo le daré lo demás. Tomad mi yugo y aprended de mí á ser dulces y blandos de corazón, y encontrareis lo demás en vuestra alma. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.

Yo soy el pan de la vida; aquel que venga á mí nunca tendrá hambre, y el que crea en mí nunca tendrá sed. Yo soy el pan viviente, como el viviente Padre que me envía, y yo vivo por el Padre; así, el que se alimente conmigo siempre será vivo por mí. El espíritu es el que produce la vida; la

carne no vale para nada; las palabras que os he dicho son espíritu y son vida. Si el hombre guarda mi palabra, nunca morirá. Mi rebaño escucha mi voz, y yo lo conozco y él me sigue, y yo le daré vida eterna y nunca perecerá.

Si un hombre me sirve, dejad que me siga; y donde yo esté estará también el que me sirva. El que no cargue con su cruz y no venga en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Si algún hombre quiere venir en pos mío, dejad que renuncie á sí mismo, y tome su cruz y me siga. Porque aquel que quiera salvar su vida la perderá; pero aquel que desee perder su vida por mi causa y por la buena nueva, será salvo. Porque, ¿para qué sirve un hombre si ganando el mundo se pierde á sí mismo? Por eso mi Padre me ama, porque yo desprecio la vida que puedo tomar otra vez. Un nuevo mandamiento os prevengo, y es que os améis los unos á los otros. El Hijo del hombre no viene para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate de muchos.

Yo soy la resurrección y la vida; el que crea en mí, aunque muera, vivirá; y el que viva y crea en mí, nunca morirá. Yo arrojo los diablos y curo hoy y mañana; y el tercer día seré perfecto. Esperad un momento y el mundo ya no me verá más; pero vosotros me vereis, porque yo vivo y viviré. Si guardais mis mandamientos habitareis en mi amor, como yo guardo los mandamientos de mi Padre y habito en su amor. Aquel que me ame será amado de mi Padre y yo le amaré y me mostraré á él. Si un hombre me ama, guardará mi palabra y mi Padre le amará y yo vendré á él para que viva conmigo.

Yo soy el buen pastor; el buen pastor dará su vida por las ovejas. Y yo tengo otras ovejas que no son de este redil: las traeré también y no formarán más que un rebaño con un pastor. No temas, pequeño rebaño, porque es voluntad de nuestro Padre el darte su reino.

¡Mi reino no es de este mundo; el reino de Dios no se le ve; mirad, el reino de Dios está dentro de vosotros. Es como un grano de semilla que un hombre toma y arroja en su jardín y germina y brota de él un gran árbol y las aves del cielo alojan en sus ramas. Es como el fermento que una mujer toma é introduce en tres medidas de trigo, hasta que todo queda fermentado. Así es el reino de Dios, como si un hombre arrojase semilla sobre la tierra y se acostara y se levantara durante muchas noches y muchos días y la semilla germinara y se desarrollara sin que él lo supiese.

Y la buena nueva del reino de Dios será predicada por todo el mundo para que todas las naciones la testimonien; y después llegará el fin.»

Con este orden en sus pensamientos para regular su empleo, Jesús amaba y adoptaba voluntariamente el lenguaje y las figuras de la religión judaica. Refiriéndonos ahora á la religión popular en que hemos sido educados, bien podemos apresurarnos á seguir su ejemplo, tanto más, cuanto que, aunque todo error ofrece bajo cierto aspecto un peligro moral, esta falsa concepción de su religión por los cristianos no ha producido una perversión tan grave como vemos que han producido los escribas y fariseos con su falso concepto de la religión del Antiguo Testamento. La falta del cristianismo popular considerado como un esfuerzo para alcanzar *la virtud por Jesucristo* no es como la falta del judaismo popular tomado como un esfuerzo para llegar á la *salvación por la virtud*. El Dr. Mozley indica que «no es obligatoria la investigación en los espíritus religiosos acerca de lo sobrenatural ó milagroso,» porque, dice él, «aunque el espíritu humano rehuse someterse á lo que es contrario al sentido moral en las Escrituras, no puede existir ninguna dificultad moral en el hecho del milagro, ni una doctrina sobrenatural puede provocar ninguna resistencia moral.» ¡Como si no fuera posible otra resistencia para las doctrinas religiosas que la que tiene por fundamento la inmoralidad! ¡Como si no debiera tenerse en cuenta para nada la resistencia intelectual! Las objeciones que se hacen al cristianismo popular no son morales, sino una rebelión intelectual contra sus demostraciones milagrosas y metafísicas. El hallarse intelectualmente convencido de la falta de conformidad con la verdad y con el hecho, es ciertamente un obstáculo insuperable para recibirla, aunque no exista ningún obstáculo moral. Y las ventajas morales de una doctrina no bastan para salvarla cuando existe la convicción de que no está conforme con la verdad y con el hecho. Y si la falta de conformidad existe, no tiene más remedio que descubrirse algún día.

«Las cosas son lo que son, y sus consecuencias serán lo que deban ser,» y la inevitable consecuencia de la falsedad de alguna cosa es que más tarde ó más temprano el espíritu humano la perciba. Todo el que piense que el fundamento del Cristianismo es verdadero é indefectible, pero que en la exposición de su doctrina y en las razones que lo sostienen existe falta de conformidad con la verdad y con el hecho, ya puede buscar una exposición mejor y razones más fuertes, preparando así el camino de su admisión y dándole alguna fuerza y consistencia en la raza humana para el día en que se rompan los antiguos lazos de unión.

Pero al mismo tiempo el fundamento de la creencia de los cristianos, cualquiera que sea la cuenta que ellos se den de su origen y sanción, es en sí misma una base indestructible de alianza. Todo el

que crea en el triunfo final del Cristianismo, en la *crislianizacion* del mundo, siempre albergará en su corazon una profunda simpatía hácia la religion popular. Comparado el acuerdo ó desacuerdo sobre este punto principalísimo, el acuerdo ó desacuerdo sobre otros parece cosa trivial. Creer que todo el que no sepa que en la virtud está la salvacion no puede entrar en los cielos; creer en la virtud redentora de Jesucristo; desear con verdad, tener la suficiente fortaleza para despreciar todas las cosas que pasan y presentarse ante el Hijo del Hombre, es una señal bien auténtica de su fe. Aquellos que participan de esta creencia son ciudadanos de «la ciudad que tiene base.» El que no participa de ella es un viajero perdido, como dice San Agustin, «en las desiertas regiones de la tristeza,» un viajero errante «que busca descanso y no lo encuentra.» *En todas parte, busqué descanso: entónces el Creador de todas las cosas me llamó y me dijo: Que tu morada sea la de Jacob, y tu herencia la de Israel. Y así fué, y me establecí en Sion; y Él me concedió descanso en la ciudad amada, y en Jerusalem encontré mi fortaleza.*



MATTHEW ARNOLD.

COMO EMPIEZA Y COMO ACABA,
DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,
POR DON JOSE ECHEGARAY.

I.

Las representaciones del nuevo drama del señor Echegaray han terminado: la fascinadora impresion del primer momento está desvanecida; al ardimiento de la polémica entre los que, á su tiempo, emitieron acerca del drama juicios diferentes y áun contrarios, han sucedido la serenidad y la calma. La opinion que tratamos ahora de expresar, si tiene el inconveniente de publicarse á deshora, ofrece en cambio mayores garantías de imparcialidad: que es muy difícil en el calor de la discusion lograr que cada uno contenga sus argumentos en limites razonables, y que á la exageracion en determinado sentido no se responda con exageraciones en el sentido opuesto. No respondemos, pues, de que nuestra opinion sea aceptable; pero sí aseguramos que es desapasionada.

Esto sentado, advertimos sinceramente que sólo en calidad de simples aficionados acometemos una empresa á la que ¡ojalá! acertásemos á dar cima; y como todo atrevimiento há menester motivo que, si no lo justifica, lo explique, declinamos toda la responsabilidad del nuestro sobre el justamente

TOMO VIII.

celebrado escritor y reputado crítico D. Manuel de la Revilla, que, juzgando con severidad excesiva el drama á que aludimos, ha estampado en su trabajo las palabras siguientes: «Aplicando el escalpelo del análisis á las obras del Sr. Echegaray, ninguna resiste á la crítica más somera. En todas se advierten iguales defectos: carencia de verdaderos caracteres, falsedad, y á las veces inmoralidad de cuantos con tal nombre se presentan; inverosimilitud inconcebible en los recursos, situaciones y efectos; horrores repulsivos al sentido moral y al estético, á manos llenas prodigados; falta completa de trascendencia moral y social; ausencia de color local y de carácter de época; frecuente hinchazon y amaneramiento en el lenguaje; lirismo recargado é inoportuno en la versificacion; en suma, pecados numerosos contra el buen gusto, la verosimilitud y el sentido moral.»

Estos defectos nada más encuentra el Sr. Revilla en todas las obras del Sr. Echegaray; y como si á este juicio, que no se distingue ciertamente por su benevolencia, faltase todavía un complemento, el mismo crítico dice más adelante: «Como empieza y como acaba, es la peor obra del Sr. Echegaray.»

Hay en las afirmaciones que hemos reproducido, muchos y muy graves cargos contra el autor del drama; pero hay asimismo sobrado menosprecio del público para quien, en último caso, se escriben las obras dramáticas. De la defensa del autor no habíamos de encargarnos, que no gustamos de oficiosidades; mas los que—como espectadores, no como críticos—hemos aplaudido una noche y otra el nuevo drama, y aplaudimos también los anteriores, ya que no pretendamos devolver él palmetazo al maestro, ya que no aspiremos á evitar el castigo que ha de imponernos, debemos alegar en descargo de nuestra gravísima culpa las razones que tuvimos para aplaudir, los motivos que nos impulsaron á elogiar, y las bellezas (en nuestra ignorancia suma así las llamamos) que tiene á nuestros ojos el drama *Como empieza y como acaba*. Véase explicado por qué declinábamos sobre el Sr. Revilla toda la responsabilidad de la molestia que este humilde trabajo pueda ocasionar á los lectores de la REVISTA EUROPEA.

II.

Para realizar nuestro propósito seguiremos procedimiento muy diferente del que el Sr. Revilla ha seguido; que no es dado al vulgo llevar á cabo empresas á espíritus superiores reservadas. En nosotros la emocion artistica precede al análisis; en el crítico, el análisis precede á la emocion.

«Esta obra es mala, dice el crítico, porque no cumple con las condiciones que la ciencia de lo bello exige; luego á su vista no debo conmovirme, y no me conmuevo, y si por acaso he caído en la

debilidad de conmoverme, si el sentimiento ha sido superior á la voluntad, es sin duda porque el artista me ha fascinado, es porque el poeta no me ha dejado tiempo para reflexionar; bien así como el domador fascina y sorprende á los leones con gritos, golpes y disparos no interrumpidos: cuando el encanto cese, yo, avergonzado por haber sido víctima de esta sorpresa, intentaré sostener lo que me dicte mi ciencia, fortalecida con la lectura de muchos libros de estética, y lo que me enseñan la experiencia y el conocimiento del mundo adquiridos en las aulas de la Universidad y en mi gabinete de estudio.»

Nosotros los que presumimos que la belleza no es patrimonio exclusivo de esta ni de la otra escuela, acudimos al teatro sin prevención en pro ni en contra: si la obra que se representa nos conmueve, si la acción que á nuestra vista se desarrolla excita nuestro interés, si las situaciones nos hacen llorar, admitimos como un hecho el efecto, y para hallar la causa, como la modestia por buena y plausible que sea, tiene sus límites; nunca apelamos al recurso extremo de considerarnos semejantes á fieras enjauladas y de tener al poeta por el domador que nos deslumbra y nos aterra; ocurrenos sencillamente que algo hay en el drama de bello, que algo hay en la obra de grande, cuando ella obtiene lo que otras no obtienen; y dado que nuestra curiosidad nos lleve á tanto, procuramos entónces investigar la causa de ese efecto, hallar el fundamento de nuestra emoción, determinar la razón de nuestras lágrimas.

De estos dos caminos que al análisis de la obra dramática se ofrecen, el crítico, el erudito sigue el primero; el espectador iliterato, el que no es sabio ni quiere parecerlo, elige el segundo: ocurre á las veces que uno y otro conducen al mismo punto: en este caso, la opinión del crítico y la del espectador coinciden; acontece en ocasiones que uno y otro, separándose más cada vez, terminan en puntos muy distantes, y entónces se ve la opinión del crítico en lucha abierta con la opinión de los espectadores: éstos sosteniendo que la obra es de su agrado, aplaudiendo con entusiasmo al artista; aquél gritando desde lo alto de la cátedra, encaramado en la peana de su sabiduría y condenando con dureza el entusiasmo y los aplausos.

Es evidente que uno ú otro se equivocan: ¿será el crítico? ¿serán los espectadores? No hemos de ser nosotros juez y parte en este litigio; pero adviértase que nada es garantía de la infalibilidad del sabio, y que el camino elegido por él puede en alguna ocasión extraviarlo; que el estudio del hombre, de sus grandes pasiones, de sus casi inconcebibles debilidades, mejor que aspirando el polvo de las bibliotecas, se consigue y completa en la escuela del

mundo, en el mar, ya tranquilo, ya borrascoso, de la vida humana.

Como quiera que sea, nosotros hemos debido elegir el camino trillado, el único asequible á las muchedumbres.

III.

Veamos, pues, si adoptando nuestro procedimiento y admitiendo como punto de partida que el drama *Como empieza y como acaba* admira y conmueve, no á nosotros solos, sino á la mayoría del público, podemos encontrar en él bellezas que justifiquen esa admiración. Para producir una obra artística, ó concretando más el asunto, una obra dramática, necesita el poeta llevar á cabo sucesivamente tres distintas operaciones: *primera*, concebir un pensamiento, que viene á ser la idea fundamental, la esencia, el alma de su creación; *segunda*, hacer que ese pensamiento encarne, si así puede decirse, se desenvuelva y realice en una acción dramática que no es sino el croquis, el plan de la obra; y *tercera*, dar forma literaria á ese argumento, embellecerlo con las galas del lenguaje. Analicemos el drama *Como empieza y como acaba* en cada uno de esos tres momentos de su formación. ¿Cuál es su pensamiento fundamental? Condenar enérgicamente á la esposa adúltera.

No podemos, por consiguiente, negar al pensamiento bondad y trascendencia, si no es ya que neguemos en absoluto la existencia de mujeres adúlteras en las sociedades modernas, pues sobre que las hubo en otros tiempos, no cabe discusión.

Pero un pensamiento no es un drama; sigamos, pues, el de *Como empieza y como acaba* en su ulterior desarrollo.

Evidente de toda evidencia preséntase al entendimiento más obtuso que tal pensamiento há menester para desenvolverse tres personajes indispensables: el marido, la mujer, el amante; no ha sido, pues, facultativo en el autor elegir esas tres figuras para su cuadro; ellas se le han impuesto como una necesidad de la obra, y á ellas ha atendido con singular cuidado, dibujándolas con verdadero cariño, como encargadas que eran de dar vida real á su concepción. Y esas tres figuras principales, esos tres personajes que aparecen en primer término, son á nuestro juicio tres caracteres perfectamente concebidos y magistralmente ejecutados.

La mujer no aparece simpática, es repulsiva, cierto, y justamente en esto estriba el mérito de esa figura del cuadro.

No se trataba de embellecer el vicio y de hacerlo interesante, inspirando acaso el deseo de la imitación; tratábase de presentarlo tal como es, con su deformidad ingrata á la vista, con sus remordimientos dolorosos al alma; por eso se advierte que

cuanto rodea á la adúltera contribuye en este caso al mismo fin, á que sea más imperdonable su culpa: la bondad no comun de su marido, la tranquilidad y sosiego de su hogar, la virtud y cariño de su hija.

Exigen los críticos, y el mismo Sr. Revilla lo exige en el artículo que motiva éstas observaciones, que el teatro sea *viva y fiel representacion de la vida humana*, y exigen además en la adúltera de hoy grandes pasiones que determinen actos de criminal heroísmo; pero hay absoluta incompatibilidad entre una y otra exigencia. La mujer adúltera de nuestro tiempo, solamente por excepcion es la mujer apasionada que todo lo olvida por su amante, deberes, familia, reputacion, bienestar; de ordinario es la que tan repulsiva ha parecido á los señores críticos, y lo es en efecto; bien que esto no es culpa del retratista, es culpa del original. El autor del drama no se había propuesto pintarnos el tipo de la adúltera rendida por el amor y casi justificada por sus sacrificios; se había propuesto, y así lo ha hecho, dar la voz de alerta, dirigir un amistoso consejo; un aviso cariñoso á las que piensen—y son muchas las que lo piensan—que el adulterio no es tal adulterio mientras no se ha consumado, y que la mujer casada puede impunemente, sin menoscabo de su buen nombre y sin que la sombra del remordimiento turbe su alegría, aceptar risueña una declaracion de amor y lanzar tiernas miradas á sus apasionados, y acaso estrechar la mano del amigo más afectuosamente que lo admitido por el uso, y recibir cartas, y hasta contestar á ellas—niñerías todas sin importancia y sin consecuencias:—que estas ideas, nacidas en la educacion descuidada, supersticiosa y falsa que la mujer de nuestros dias recibe, están muy generalizadas, es indudable; pues á desarraigar esa funesta y peligrosa creencia se encamina el drama del Sr. Echegaray. La mujer que en él aparece no ha sido adúltera, tal como el adulterio se entiende; puede decirse, segun la opinion de algunos, que no ha sido infiel á su marido, y sin embargo es odiosa á los ojos de todos y aun á los suyos propios. ¿A qué ha cedido? ¿á la pasión? no, eso atenuaría su falta; es más, en determinadas circunstancias hasta podría justificarla, si no ante la sociedad, ante su propia conciencia. Ha cedido al capricho, acaso á la vanidad de ser obsequiada por un artista, á causas livianas; pero esos motivos livianos le han hecho conceder ligeros, ligerísimos favores, y esos favores han encendido pasión violenta en el pecho del amante, y esta pasión, enardecida y sobreexcitada por una resistencia invencible, ha llegado al paroxismo; y como las pasiones del hombre no se despiertan impunemente, y como no es dado jugar con el cariño de un amante como se juega con una muñeca, que por capricho se toma y se deja cuando enoja, las circunstancias colocan á la esposa en la

alternativa de huir con el hombre á quien no ama lo suficiente para sacrificárselo todo, ó de cometer un asesinato. Tal es la mujer.

Como antítesis de esa esposa, aparece el marido enamorado de su mujer, amando con delirio á su hija, bueno como amante, y confiado como bueno.

La figura del amante es la que ha dado motivo á las más elocuentes declamaciones de los señores críticos. «Figura inverosímil, al par que repulsiva, dice el Sr. Revilla, sólo sirve para dar mayor relieve á la falta de su cómplice.» Precisamente de eso se trata: ¿qué pretendían los señores críticos, que el autor nos hubiese presentado un hombre dotado de singularísima hermosura, de alma nobilísima, sentimental, como héroe de novela, apasionado á la manera de poeta romántico, un Antony, por ejemplo? No podía ser eso, porque Dumas y Echegaray perseguían distintos fines; Dumas defendía una causa, la legitimidad del divorcio; Echegaray sostiene en este caso otra distinta, la odiosidad del adulterio: y por eso la figura de Torrente debe ser la que es, no tan odiosa é inverosímil como el señor Revilla supone, pero no tan elevada y tan poética que llegue á ser interesante. Es un hombre apasionado, capaz de todo, hasta de la infamia, cuando la pasión le impulsa: acaso la pura crítica ignora esto porque los libros de estética suelen decir poco sobre el asunto; pero la verdad es que la pasión amorosa profundamente arraigada es de las pasiones más poderosas, y se acrecienta con la resistencia en tales términos, que llega en muchos casos á convertir á los hombres en fieras.

De la exactitud de este aserto no se forma idea cuando vemos al hombre fumar tranquilamente repantigado en una mecedora, ni cuando dice cosas muy convenientes y muy honestas en una visita de cumplido; pero si Asmodeo (el legítimo y primitivo Asmodeo) quisiera prestarnos su poderosa ayuda, ¿cuántos hombres graves, cuántos respetables magistrados, cuántos honradísimos padres de familia y pacíficos ciudadanos sorprenderíamos convertidos en criminales y villanos como Torrente!

Claro es que esto no sucede todos los dias ni á todas horas; pero las situaciones dramáticas tampoco han de ser las que presenciamos en casa ordinariamente.

Delineados ya los tres personajes principales del drama, fué necesario pensar en los secundarios, en los que aparecen en segundo término; y aquí debemos confesar con franqueza que el autor cuidó mucho ménos este dibujo, que hubo de concluir sin duda á la ligera. El padre ó tutor de la adúltera, personaje incoloro y casi indefinido, se desvanece en el fondo del cuadro, sin prestarle animación alguna. Loreto, zurcidora de voluntades, está bien concebida, pero dibujada con dureza, y sobre todo recargada de co-

lor; parece que el poeta la trató con verdadero desvío; la hizo servir para el desenvolvimiento de la trama, y al efecto aventuró cuatro ó seis pinceladas dándola despues al olvido: el carácter de la hija aparece más estudiado y concebido con más esmero; creemos, sin embargo, que no resulta verdadero: aquella niña sabe demasiado para su inocencia, ó tiene inocencia excesiva para lo que sabe.

IV.

Examinemos ahora, bien que lo hagamos brevemente, cómo proceden esos personajes y de qué medio se ha valido el poeta para hacerlos intervenir en la accion y encaminar ésta al fin que se habia propuesto. Demasiado atento á ese fin, fuerza es reconocer que el Sr. Echegaray se ha visto en el caso de atropellar los acontecimientos, de aglomerar incidentes, algunos no muy verosímiles y otros no muy justificados: así, por ejemplo, en el primer acto, á la tierna despedida del esposo sucede muy presto, demasiado presto, la entrada del amante; pero el poeta necesitaba completar su exposicion; la esencia del plan, la condicion del conjunto así lo imponían, y así lo hizo. ¿Pudo hacerlo de otro modo? Presumimos que sí; pero nosotros no hemos de juzgar lo que pudo hacer: anótese, pues, como un defecto, si se quiere, la precipitacion de los acontecimientos y la rapidez de la accion en el acto primero.

Conocidos ya todos los personajes del drama, su posicion respectiva y mutuas relaciones, cuando comienza el acto segundo, sin disputa el más bello de la obra, luchan en el corazon de la esposa culpable el amor y el deber; ninguno de los dos es bastante poderoso para sobreponerse al otro; únense á las exigencias del deber los dolores del remordimiento, y esto inclina la balanza de ese lado; la mujer, asustada, pretende retroceder; lo pretende tarde; ha despertado la pasion en el alma vigorosa, jóven y enamorada de Torrente, y éste lo exige todo, el abandono del hogar, el olvido de la hija; y cuando los ruegos no bastan, recurre á la amenaza, y á la violencia, y á los brutales arrebatos de la pasion.

En este acto es donde una bellissima escena entre hija y madre, tiernamente sentida, determina más y más la triste, la horrible situacion de la esposa culpable, lo inmenso de su castigo, lo temible de su vergüenza: aquella frase

«No, no me beses ahora,»

constantemente aplaudida, es de gran verdad y de grandísimo efecto dramático. Esta escena y la última del mismo acto, la llegada del marido, no pueden ser ni más bellas ni más conmovedoras.

La situacion final del acto segundo es eminentemente dramática, condicion en que convienen cuan-

tos han presenciado las representaciones del drama, y cuantos acerca de él han emitido hasta hoy juicios más ó menos severos.

Antes de pasar al exámen rápido del acto último, séanos lícito estudiar la situacion de los personajes: el marido engañado, que aún cree en la virtud de su mujer, ha sido objeto de sangrienta censura, de epigramas ingeniosos.

Véase lo que acerca de esto dice el Sr. Revilla: «El marido es un pacientísimo cordero, cuyo único defecto consiste en ser honrado y tonto.»

¡Cuán fácil, cuán sencillo es aventurar opiniones en asuntos que no se conocen á fondo! ¡Cómo y cuánto se advierte que el Sr. Revilla carece de experiencia y tiene pocos años! Mucho sirve la ciencia, gran auxiliar es la claridad de entendimiento; pero ni la ciencia ni el ingenio pueden suplirlo todo. El Sr. Revilla, á lo que parece, y afortunadamente para él, no ha experimentado nunca una de esas desgracias terribles, que por lo inmensas, y por lo inesperadas juntamente, nos anonadan, nos aniquilan; una de esas desgracias que al parecer cierran la puerta á toda esperanza, oscurecen el porvenir y matan el espíritu.

En estos casos, sucede siempre que el hombre se resiste á creer; niega fe á la evidencia; quiere, se obstina en juzgar sueño ó delirio lo que pasa, y ase del más imperceptible átomo de esperanza para lisonjearse á sí propio: ese estado dura poco; á ese estado de febril excitacion, sigue fria, implacable la cruel realidad y el hombre tiene que contemplar, por ejemplo, la ruina de su familia ó el descrédito de su casa, ó la muerte del hijo, que hartas son y de muy distinta índole las desgracias que pueden caer inopinadamente sobre el triste mortal.

Pues justamente el marido que en el drama figura se encuentra en ese estado.

Ama con delirio á su esposa, adora á su hija, es celoso de su buen nombre y cuidadoso de su honra, torna al hogar acariciado por halagüeñas esperanzas, y en un momento todo, todo desaparece y se hunde como edificio que se desploma: muerto el amor de su mujer, perdida la tranquilidad de su hogar, en lenguas su honor, en peligro la inocencia de su hija, su felicidad ha huido en un momento; el golpe es terrible y él se resiste á creer, no quiere creerlo, pide á los ojos que cieguen y á la razon que calle, y sólo apela al corazon amante para que defienda á la esposa. ¡Eso es de tonto!! ¡ah, señor crítico! eso, léjos de ser una tontería, revela en el poeta gran corazon, sensibilidad exquisita y conocimiento profundo del hombre. El público, cuyo instinto suele adivinar lo que acaso no dicen los libros de estética, aplaude y aplaudirá siempre ese magnífico arranque de la pasion y del dolor. Pero, ya lo hemos dicho, ese estado de duda voluntaria, ese empeño en negar la

evidencia, es necesariamente de duracion escasa. Véase por qué el esposo no puede sobrevivir á la desgracia: desde la terminacion del acto segundo, el marido de Magdalena está condenado á muerte; para las premisas sentadas no hay otra consecuencia; al problema planteado no hay lógicamente otra solucion: el drama no puede tener otro desenlace.

Y ese tiene: el que necesaria y fatalmente imponian las circunstancias.

En el tercer acto, como en el primero, observan los espectadores desapasionados inverosimilitud en algun suceso que el autor necesita para motivar el desenlace, hechos no del todo justificados; pero el autor quería y debía llegar al término lógico de su empeño y á esta voluntad suya lo subordinó todo.

Volverémos á preguntar: ¿pudo hacerlo de otro modo? ¿pudo conseguir que la mujer matase al marido sin recurrir al cambio de habitaciones? Creemos que sí; suponemos que habiéndolo estudiado más, habría el autor discurrido medios más aceptables; pero si así no lo hizo, habremos de contentarnos con señalar por segunda vez el defecto, advirtiéndole que si en alguna ocasion el fin justifica los medios, en este caso los medios están justificados por la ejemplaridad y grandeza de tan terrible como aterrador lección.

De las galas de lenguaje, de la elevacion de algunos pensamientos, del vigor de la locucion poética nada diremos, ya que en esto los señores críticos están conformes con el vulgo: algo habían de aplaudir en la obra.

V.

Resumamos. Hemos encontrado bondad y trascendencia social en el pensamiento del drama; belleza y moralidad en los caracteres principales; inflexible lógica en el desenvolvimiento del plan y en la determinacion del desenlace; situaciones dramáticas de primer orden en los tres actos, pero sobre todo en el segundo, acaso el mejor de cuantos ha ideado Echegaray, advirtiéndole en cambio excesiva subordinacion de los medios empleados al logro del fin perseguido, demasiada rapidez en la exposicion, poca seguridad y toscas pinceladas en las figuras de segundo término, y poco estudio en la preparacion del desenlace.

Tal es el resultado de nuestro exámen; resultado que nos anima á decir á los señores críticos: respetamos mucho y muy de veras vuestra profunda ciencia, estimamos en mucho vuestra opinion autorizada; pero en cuestiones de sentimiento tenemos en algo la nuestra. Acaso para juzgar las obras dramáticas no sea suficiente la erudicion, la ciencia y el ingenio; tal vez, pues que de pintar luchas de pasion se trata, es necesario tambien haber experimentado sus efectos, conocer las llagas del corazon y los vi-

cios sociales, y acaso, acaso sean obstáculo al recto juicio en cuestiones de arte la preocupacion de escuela y el espíritu de secta.

Y algo de esto debe de ocurrir, aun á los más agudos entendimientos, cuando los críticos de su tiempo censuraban amargamente á Breton, sin reconocer las bellezas que hoy aplaudimos todos en sus obras; cuando el mismo Moratin, casi como de gracia concedió á nuestros poetas del siglo XVII algunos rasgos de feliz inventiva y de rica imaginacion, y cuando el gran Voltaire acuchillaba sin compasion á Shakspeare, hoy idolo de cuantos á estudios literarios se consagran.

Estos deplorables ejemplos, lo decimos francamente, desautorizan algo la infalibilidad de vuestra opinion respetable, sobre todo para

A. SANCHEZ PEREZ.

EL COMANDANTE VILLAMARTIN

Y SUS ESCRITOS MILITARES.

X.

EL COMANDANTE DON FRANCISCO VILLAMARTIN,
CONSIDERADO COMO HISTORIADOR DE LA MILICIA ESPAÑOLA.

Despues de todo lo hasta aquí dicho en estos apuntamientos critico-bibliográficos, aún nos resta por examinar, bajo un aspecto importantísimo, las *Nociones del arte militar* del comandante Villamartin. Sabido es que, mediante la influencia de los estudios filosóficos en el cultivo de la historia, lo que ántes sólo fué crónica ó á lo más anales exornados con reflexiones políticas y morales, hoy ha adquirido la dignidad de verdadera ciencia, que busca su fundamento en la fisiología, en la geología y en la lingüística, y trata de resolver en sus últimas conclusiones hasta los más árdulos problemas de la religion y de la metafísica. Este aspecto novísimo de los estudios históricos, estas exigencias que hoy presenta lo que ya se llama con exactitud *la ciencia de la historia*, han dado origen al desenvolvimiento de aquella doctrina que vislumbró el genio de Vico, la filosofía de la historia; y como contrapeso de los extravíos á que pudiera conducir los idealismos filosóficos, han nacido los estudios de la erudicion al pormenor y además las historias particulares de las ciencias y de las artes, en las cuales pueda aquilatarse la exactitud de hechos y circunstancias, cuya importancia desaparece ó queda como velada en los relatos de las historias generales.

* Véanse los números 141 y 142, págs. 597 y 616.

Ciertamente que entre estas historias particulares, la historia militar es la que tiene su más glorioso abolengo. Tucídides, Xenofonte, Polibio y César en la antigüedad greco-romana, han relatado algunos hechos militares con verdadero conocimiento técnico de la materia de que trataban. Y si en la Edad Media se olvidó el arte de escribir la historia militar, desde la época del Renacimiento hasta nuestros días se suceden sin cesar los historiadores militares dignos de memoria; y en nuestra patria los nombres de Hurtado de Mendoza y Moncada, Melo y Coloma, D. Bernardino de Mendoza y D. Antonio de Solís, han llegado á ser populares, si bien es justo decir, que algunas de las historias de guerras que estos autores escribieron, más se distinguen por su mérito literario que por la enseñanza militar que en sus páginas pudiera adquirirse.

Tenemos, pues, historiadores que relatan las épicas hazañas llevadas á cabo por los españoles en aquella expedición á Levante que coloca el nombre de Roger de Flor al par de los héroes semifabulosos de la antigua Grecia; tenemos cronistas verídicos y entusiastas apologistas de los conquistadores del Nuevo-Mundo; tenemos relatos históricos de aquella serie de glorias militares que comienza en la vega de Granada, realizando la unidad de la patria española, y termina en los campos de Rocroy, donde los famosos tercios castellanos supieron morir, ya que no pudieron vencer, pues la mano de Dios había abandonado al pueblo, que torpemente pretendía iluminar la conciencia religiosa con las hogueras del fanatismo inquisitorial.

En resumen: el hecho es que existen historias parciales de las guerras y de las instituciones militares de España; pero hasta ahora carecemos de una historia general de milicia española. El general de artillería D. Ramon de Salas se limitó á escribir su notable *Memorial histórico de la artillería española*, y el conde de Clonard, en su voluminosa *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería españolas*, se conserva dentro de los límites que indica el título de su obra, y aún pudiera decirse que se queda muy lejos de ellos. La *Historia de la Milicia Española*, de D. Joaquin Marin y Mendoza, no pasó del primer tomo, y el *Compendio de la historia militar española*, cuyo autor encubrió su nombre bajo las iniciales V. G., es un trabajo de muy pequeñas dimensiones, en que apenas se bosquejan los rasgos principales de los hechos que allí se relatan. Los *Comentarios históricos y eruditos á las Ordenanzas militares* (Madrid, 1861), de D. Antonio Vallecillo, es una obra histórica que, aún cuando no está terminada, presenta gran número de datos que debe tener muy en cuenta el autor que trate de relatar las vicisitudes de la organización de la milicia española, pero que poco ó nada dice

respecto á los demás aspectos de la historia militar de nuestra patria. Y del mismo modo el libro de D. Manuel Juan Diana, *Capitanes ilustres* (Madrid, 1851), sólo presenta datos biográficos acerca de algunos de nuestros más insignes militares y curiosas noticias acerca de nuestra literatura militar de los siglos XVI y XVII.

Tal era el estado que alcanzaban en España los estudios histórico-militares cuando Villamartin publicó sus *Nociones del arte militar*. El segundo *Estudio*, de los cinco en que se halla dividida dicha obra, está consagrado á reseñar la historia del arte militar; y el poderoso talento del autor consigue sintetizar en breves palabras ideas y juicios que ocuparían muchas páginas, si hubiesen de ser formulados por pluma menos experta. *Decir mucho en poco*, este es el secreto de los grandes escritores, y Villamartin lo poseía, cuando lograba dominar los impulsos de su fogosa imaginación, lo cual, preciso es decirlo, no siempre acontecía.

De todos modos, el capítulo que consagra Villamartin á la reseña de las campañas del gran capitán Gonzalo de Córdoba, siempre será digno de singular aplauso, pues en aquellas páginas aparece puesto en punto de evidencia la iniciativa que tomaran los españoles del siglo XV en el Renacimiento del arte de la guerra; arte que casi había desaparecido en la Edad Media, y que al reaparecer en los comienzos de la Edad Moderna, tuvo que buscar sus fundamentos en las gloriosas tradiciones científico-militares de griegos y de romanos.

Siguiendo la ancha senda abierta por el ingenio del comandante Villamartin, nuestros escritores militares contemporáneos procuran ya reivindicar el puesto, que de derecho corresponde á nuestra patria, en la historia militar de los dos primeros siglos de la Edad Moderna; mereciendo especial mención, en este sentido, los *Estudios histórico-militares sobre las campañas del gran capitán Gonzalo Fernandez de Córdoba*, del oficial de la Guardia civil D. Eugenio de la Iglesia, y las conferencias que dió este mismo ilustrado escritor en el Ateneo Militar sobre el *Renacimiento del arte de la guerra*.

Villamartin había escrito al comenzar su libro las siguientes palabras:

«En el arte de la guerra, tan necesario para la independencia y la fuerza material de las naciones, sin la que no es posible el triunfo de la razón, como no es posible la inteligencia del hombre sin la salud física; en el arte de la guerra, no tenemos otra escuela que la de alemanes y franceses; sus obras aparecen por todas partes, en la maleta de campaña del oficial, en las bibliotecas y en los colegios. Estas obras, donde se nos deprime muchas veces y se nos olvida otras, plagadas de errores de escuela y de errores hijos del espíritu patrio, basa-

das en principios y reglas aplicables á esos países y á esos ejércitos, pero de ningun modo á los nuestros, han traído á España, en cambio de algunos bienes, dos grandes males: uno, el exagerar nuestra debilidad y tener en mucho más de lo que vale la fuerza de otros países; otro, el hallarnos en una punible ignorancia, bajo el punto de vista del arte, de nuestros hechos de armas. El vulgo de nuestros militares sabe con todos sus detalles las campañas de Francia, y cree, bajo la palabra de los autores franceses, que Waterloo no debió haberse perdido, que la campaña de Rusia no debió terminar con aquel horrible desastre, que los ataques en revuelto monton de turbas jadeantes de fatiga, es el último progreso del arte, el único medio de victoria, á la vez que desconoce el paso del Garellano y niega el mérito de las operaciones que precedieron á la capitulación de Bailén.»

«Por estas razones se hace sentir más cada día, desde que se ha iniciado nuestro renacimiento, un curso completo de arte militar, pero escrito para España, con la historia de nuestras guerras gloriosas en la mano, con presencia de las cualidades físicas y morales de nuestro soldado, el carácter general de nuestra raza, la forma política y las necesidades de nuestra sociedad.»

Españolizar en España—permítasenos la frase—los estudios histórico-militares, tal era el propósito que Villamartin concibiera al escribir sus *Nociones del arte militar*, según aparece claramente consignado en las palabras que de transcribir acabamos. Dilucidar hasta qué punto consiguió realizar sus aspiraciones, alargaría demasiado este capítulo; pero creemos que lo dicho basta para indicar la beneficiosa influencia que ha ejercido el libro de Villamartin en la dirección que hoy domina en el estudio de la historia militar de nuestra patria.

XI.

HONRAS TRIBUTADAS Á LA MEMORIA DEL AUTOR DE LAS «NOCIONES DEL ARTE MILITAR» POR SUS COMPAÑEROS DE ARMAS.

¿Qué ha hecho el gobierno, qué ha hecho el ejército español para honrar la memoria del ilustre autor de las *Nociones del arte militar*, del folleto *Napoleon III y la Academia de Ciencias* y de la *Historia de la orden militar de San Fernando*? Los gobiernos que desde hace años rigen *felizmente* los destinos de nuestra patria, siempre atentos á premiar los merecimientos alcanzados en sublevaciones militares, que son gloriosísimas cuando triunfan, si bien hemos convenido en que son inicuas cuando son vencidas; los gobiernos españoles, de continuo preocupados con hacer la felicidad de los militares vivos, no han tenido tiempo de ocuparse de honrar la memoria de un jefe del ejército que ja-

más hizo escabel de sus opiniones políticas para conseguir ascensos en su carrera, que se limitó á estudiar las ciencias á que su profesion pertenece, á publicar el fruto de sus estudios y á sellar con su sangre el fiel cumplimiento de sus obligaciones militares.

El ejército español, aún cuando sea una triste verdad el dicho de Villamartin de que la mayoría de sus oficiales tienen mucho amor á la instrucción práctica del servicio, pero muy poco á la instrucción teórica; el ejército español ha reconocido los altos merecimientos científico-militares del comandante D. Francisco Villamartin, y al cubrir sus restos mortales la losa de la tumba, *El Correo Militar*, en su número correspondiente al 18 de Julio de 1872, publicó el artículo siguiente:

«Aun no ha trascurrido un mes desde que sosteníamos amistosa y verbal polémica con un militar de privilegiado talento, con un hombre de imaginación volcánica, pero acariciando siempre un bello ideal para la humanidad, escritor fácil y correcto, de levantados sentimientos, más sintético que analítico, unas veces pensador sumamente juicioso, otras, cuando se dejaba llevar de la pasión política, algo exagerado, si bien manejaba hasta las armas de la utopía con habilidad manifiesta y nunca con vulgar acrimonia; ese militar que tanto honraba á su patria, y sobre todo al ejército, era nuestro queridísimo y malogrado compañero el comandante de infantería D. Francisco Villamartin.

»La lucha con la muerte, lucha tenaz, continuada, terrible, en toda la extensión de la palabra, la tenía entablada Villamartin hace ya bastante tiempo, pues por momentos observábamos sus amigos los estragos que la cruel enfermedad iba produciendo en el cuerpo donde se encerraba un alma tan grande y generosa. ¡Tremenda perspectiva la de ver se extingue la luz de la vida en una persona á quien se profesa entrañable afecto, y no poder siquiera prolongar su existencia y detener la voraz consunción que irremisiblemente conduce á un funesto desenlace!

»Villamartin ha muerto joven, muy joven; pobre, muy pobre; digno, muy digno: así como al entregar su alma al Creador aquel magnánimo sultán que la historia conoce con el nombre de Saladino, un árabe agitaba el fúnebre sudario gritando que el lienzo para encubrir la muerte era lo único que restaba de las conquistas del gran guerrero, así también se puede consignar en la ocasión presente que de Villamartin sólo queda la grata memoria de su caballerosidad excesiva, y algunas pruebas inequívocas de sus elevadas dotes intelectuales.

»El Nestor de los publicistas militares, el erudito comentador de las Ordenanzas, nuestro querido amigo D. Antonio Vallecillo, cuando escribió el

notable juicio crítico de las *Nociones del arte militar*, precioso libro que desde luégo colocó á Villamartin á grande y merecida altura, significaba su deseo de que se atendiese á los rápidos adelantos en la carrera del jóven oficial, con el noble fin de ver si en él se encontraban reunidas las cualidades de un *verdadero general*; el Sr. Vallecillo, no obstante su reconocido talento y su respetable ancianidad, sentaba una premisa opuesta á las crónicas miserias de nuestra sociedad actual, y opuesta del mismo modo al carácter del finado. Aquí no progresa nunca quien conserve siempre una digna altivez; aquí no basta el patrimonio del genio si no se pone humildemente á disposicion de mandarines políticos; aquí se requiere bullir mucho, aunque sea mal, para conquistar una mediana posicion; aquí, en último término, producen mejores efectos las genuflexiones continuas que las cualidades necesarias al buen desempeño de ciertos cargos. ¡Somos tan pequeños, que ya la grandeza humana se suele medir de especial manera y cual si se tratase de objetos materiales!

»Enjuaguemos, sin embargo, las lágrimas del natural dolor por la pérdida que acabamos de experimentar, ante la consideracion de que ayer sufría moral y materialmente nuestro querido amigo y compañero en armas y letras, mientras que hoy... hoy el sufrimiento nos sigue acompañando á nosotros en el erial camino de la vida, y Villamartin descansa en regiones más serenas de las miserias inherentes á todo el que tiene la suerte ó la desgracia de hacer el tránsito por este mundo, lleno de amargos desengaños; ayer, cuando contemplábamos el cadáver *todavía viviente* del gran escritor militar, no podíamos por ménos de recordar aquellos versos de La Fontaine alusivos á un árbol de gigantescas proporciones:

.....la tête au ciel était voisine

Et donc les pied touchaient l'empire des morts.

»Hoy, cuando la inflexible Atropos ha ejercido su constante trabajo, dulcifica el pesar de una separacion momentánea, la firme creencia en la bondad infinita del Sér Supremo, y el intimo convencimiento de que el premio de sacrosantas virtudes lo concede tan sólo Aquel que todo lo puede.»

Al artículo de *El Correo Militar* que acabamos de transcribir siguió otra demostracion de afecto á la memoria de Villamartin. El *Ateneo del Ejército y de la Armada*, corporacion cuya existencia fué tan corta como gloriosa, consagró una sesion á recordar los merecimientos científico-militares del comandante D. Francisco Villamartin, cuya tarea fué encomendada y cumplida dignamente por el ilustrado oficial de infantería D. Federico de Madariaga, el cual pronunció un discurso y leyó varias de las páginas más notables, ya por la profundidad del

pensamiento, ya por las galas del estilo, de las *Nociones del arte militar* de Villamartin, y algunos párrafos del favorable juicio crítico que formuló sobre esta obra el Sr. Vallecillo, en los artículos que dejamos citados en el comienzo del presente estudio crítico-biográfico.

XII.

ORÍGEN Y DESARROLLO DE LA IDEA DE COSTEAR POR MEDIO DE SUSCRICION PÚBLICA UN SEPULCRO MONUMENTAL, QUE GUARDE LOS RESTOS DEL INSIGNE ESCRITOR MILITAR DON FRANCISCO VILLAMARTIN.

En el número de *El Correo Militar* correspondiente al sábado 24 de Junio de 1876 (1) apareció un artículo que decía así:

«Con sumo gusto publicamos la siguiente carta:
«Madrid 23 de Junio de 1876.

»Sr. D. Melchor Pardo, director de *El Correo Militar*:

»Mi distinguido amigo: Acabo de publicar en los dos últimos números de *La Ilustración Española y Americana* unos apuntes biográficos acerca del malogrado autor de las *Nociones del arte militar*, nuestro inolvidable amigo D. Francisco Villamartin. Al terminar de escribir dichos apuntes, observé que sólo faltan ya algunas semanas para que llegue el día 16 de Julio de 1876, en el cual se cumplirá el cuarto aniversario del fallecimiento de Villamartin, y temí que al cumplirse este plazo sus restos mortales fuesen á perderse en la fosa comun de un cementerio, pues quizá la sepultura que hoy los

(1) En *La Correspondencia de España* de la noche ántes (23 de Junio) habia aparecido el siguiente suelto: «El ex-diputado á Cortes don Luis Vidart ha publicado en *La Ilustración Española y Americana* un artículo biográfico acerca del autor de las notabilísimas *Nociones del arte militar*, el comandante D. Francisco Villamartin, que falleció en Madrid el 16 de Julio de 1872. Desde esta fecha hasta el día de hoy han corrido cerca de cuatro años; está, por lo tanto, próximo á cumplirse el plazo de duracion señalado á la sepultura que ocupa en el cementerio de la Patriarcal el comandante Villamartin, y para que los restos mortales de tan ilustre escritor no vayan á perderse en la fosa comun, propone el señor Vidart que se promueva una suscripcion, á la cual podrán contribuir todos los amantes de nuestras glorias literarias, pero singularmente deberán hacerlo los que visten ó han vestido el honroso uniforme del ejército español, para costear una sepultura monumental, en cuya lápida podrian escribirse estas ó parecidas palabras: «A la memoria del insigne tratadista militar español del siglo XIX, D. Francisco Villamartin, sus compañeros de armas.»

Como consecuencia del anterior suelto, en *La Correspondencia* del 23 de Junio apareció otro que decía así: «Nuestro buen amigo el señor don Luis Vidart nos ha dirigido una carta, en la cual nos da las gracias por lo que hemos contribuido á la publicidad del pensamiento de hacer una suscripcion para que los restos mortales del insigne escritor militar don Francisco Villamartin no vayan á perderse en la fosa comun de un cementerio, y al propio tiempo nos manifiesta el Sr. Vidart que ha quedado ya abierta dicha suscripcion en las oficinas de *El Correo Militar*, calle de San Gregorio, núm. 5, donde se admiten los donativos, desde la más pequeña cantidad hasta el tipo máximo de 20 reales, habiéndose fijado este límite por razones de conveniencia fácilmente explicables.»

»guarda no sería perpetua. No teniendo tiempo para
 »averiguar si mi sospecha era ó no fundada, la ex-
 »presé al final del segundo artículo publicado en *La*
 »*Ilustracion* en forma hipotética, y propuse, en caso
 »de que fuesen exactas mis conjeturas, que se pro-
 »moviese una suscripcion entre los que visten ó he-
 »mos vestido el uniforme militar (sin que esto sea
 »negar á nadie el derecho de contribuir á la dicha
 »suscripcion) para costear una sepultura perpetua,
 »en cuya lápida se leyese estas ó parecidas pala-
 »bras: *A la memoria del insigne tratadista del arte*
 »*de la guerra, honra y gloria de la literatura mili-*
 »*tar española del siglo XIX, el comandante don*
 »*Francisco Villamartin, sus compañeros de armas.»*

»Escrito y publicado ya lo que acabo de referir,
 »he averiguado que mis conjeturas eran de todo
 »punto exactas, pues Villamartin se halla enterrado
 »en el cementerio de la Patriarcal, en una sepultura
 »cuyo plazo de duracion termina á mediados del
 »próximo mes de Julio.

»Sería hacer una grave ofensa á la cultura del
 »ejército español suponer, ni por un momento, que
 »llegando á su noticia los hechos que acabo de re-
 »ferir, pudiese dejar que fueran á perderse en la
 »fosa comun de un cementerio los restos mortales
 »del esclarecido autor de las *Nociones del arte mili-*
 »*tar*, libro que, segun mi juicio, aventaja por varios
 »conceptos á esos conocidos tratados en cuya por-
 »tada se leen los célebres nombres de Lloyd, Jomi-
 »ni, Willisen y Marmont.

»¿Tendrá inconveniente *El Correo Militar* en
 »recibir en su redaccion los donativos que se hagan
 »para costear una sepultura perpetua para el malo-
 »grado Villamartin y una lápida donde se grabe la
 »inscripcion que se crea más conveniente? Segun la
 »cantidad que esta suscripcion produzca, podrá limi-
 »tarse el gasto á comprar un nicho perpetuo y cu-
 »brirlo con una sencilla losa de mármol, ó bien á
 »hacer construir un verdadero sarcófago, que sea
 »un monumento de arte consagrado á la imperece-
 »dera gloria del insigne Villamartin.

»Dicho ya lo que, en mi sentir, debe hacerse
 »para honrar como merece la memoria del coman-
 »dante D. Francisco Villamartin, usted, como direc-
 »tor de *El Correo Militar*, y los ilustrados redac-
 »tores de este periódico, podrán añadir ó cambiar
 »lo que estimen más oportuno en el pensamiento
 »general que dejo expuesto, seguro como estoy de
 »que las variaciones que hagan redundarán en per-
 »feccionamiento del fin que ha guiado mi pluma al
 »escribir la presente carta.

»Siempre de usted afectísimo amigo, *Luis Vi-*
 »*dart.»*

»Estamos enteramente de acuerdo con las sensa-
 »tas apreciaciones del Sr. Vidart: D. Francisco Villa-
 »martin fué un escritor militar de gran talento y de

una gran modestia; fué un amigo leal y cariñoso;
 fué un compañero de armas que honraba la profes-
 sion y deseaba el enaltecimiento de la misma; mu-
 rió muy pobre, suerte que generalmente corres-
 ponde á los oficiales de análogas ó parecidas condi-
 ciones á la suya, y bien merece que siquiera sus
 cenizas obtengan un lugar conveniente en la man-
 sion de los muertos.

»Esperamos que la idea iniciada por el Sr. Vidart
 y acogida por nosotros con natural placer, alcan-
 zará éxito completo en todo el ejército español,
 pues honrando la memoria del insigne escritor, to-
 dos resultamos honrados.

»La cuota de un duro, *tipo máximo* que se ha
 fijado á la suscripcion, responde á que nadie haga
 un sacrificio superior á sus fuerzas para contribuir
 al objeto deseado; pero nos parece inútil manifestar
 se admite hasta ese tipo máximo cualquiera canti-
 dad, empezando por la menor moneda de cobre, lo
 cual no quita el que puedan entregar las diversas
 corporaciones militares lo que consideren oportuno
 y en relacion con el estado de sus fondos.»

Hasta aquí el artículo de *El Correo Militar*. Nos-
 otros habíamos publicado en *La Ilustracion Espa-
 ñola y Americana* el artículo biográfico á que en
 nuestra carta nos referimos, tratando por este me-
 dio de contribuir, en la medida de nuestras débiles
 fuerzas, á perpetuar la memoria del autor de las *No-*
ciones del arte militar, y la idea que iniciamos en la
 terminacion de aquel artículo, acogida con entu-
 siasmo por la redaccion de *El Correo Militar*, se-
 gun se habrá ya visto, está en vías de realizarse,
 pues la suscripcion abierta en la redaccion de dicho
 periódico ha producido hasta el dia en que estas lí-
 neas escribimos (26 de Noviembre de 1876) una can-
 tidad que se aproxima ya á 1.500 duros. Entre los
 que han contribuido como suscritores á la reunion
 de esta cantidad figura el actual Jefe supremo del
 Estado, pues en el número de *El Correo Militar*
 del 18 de Julio de 1876 aparece así consignado en el
 siguiente documento:

«S. M. el Rey nuestro señor se ha enterado del
 levantado propósito á que responde la suscripcion
 abierta en el periódico de su direccion para erigir
 un monumento sepulcral, que perpetúe la memoria
 del distinguido escritor y tratadista D. Francisco
 Villamartin, comandante de infanteria y autor de la
 conocida obra titulada *Nociones del arte militar*,
 cuyo libro es tan reputado en España como en el
 extranjero.

»Deseando S. M. contribuir por su parte á rendir
 un tributo de consideracion á tan esclarecido jefe,
 y creyendo á la vez que honran al valiente y su-
 frido ejército español las distinciones de que son
 objeto sus individuos cuando á ellas se hacen acree-
 dores por su talento, esfuerzo, subordinacion y re-

levantes prendas, me ha mandado entregue en su real nombre en la administracion de *El Correo Militar* la cantidad de 1.000 pesetas, para coadyuvar así á la realizacion de aquel pensamiento y dar un testimonio de simpatía á quien tanto se distinguió en la noble profesion de las armas.

»De Real orden lo digo á V. para su inteligencia y efectos consiguientes. Dios guarde á V. muchos años.—Palacio 14 de Julio de 1876.—*F. Goicoerrotea*.—Señor director del periódico *El Correo Militar*.»

Nada podemos decir acerca del preinserto documento, pues segun el régimen político hoy vigente, está prohibido por la ley el exámen de los actos personales del Jefe supremo del Estado. El elogio suena como adulacion, cuando está prohibida la censura.

XIII.

UNA CARTA DEL SR. D. AUGUSTO LLACAYO, FELICITANDO AL AUTOR DE ESTOS APUNTES BIOGRÁFICOS POR SU INICIATIVA EN LA CUESTION DE QUE SE HA TRATADO EN EL CAPÍTULO ANTERIOR.

Varias fueron las cartas que recibimos en los meses de Junio y Julio del presente año (1876), felicitándonos por la iniciativa que habíamos tomado al promover la suscripcion para costear un sepulcro monumental, donde se conserven dignamente los restos mortales del preclaro escritor didáctico don Francisco-Villamartin. Entre estas cartas, recibimos una firmada por el conocido escritor militar D. Augusto Llacayo, de la cual vamos á transcribir aquí algunos fragmentos, porque creemos que lo que en ellos se dice puede contribuir á robustecer las opiniones que hemos sentado en el curso de este escrito, acerca del mérito científico del autor de las *Nociones del arte militar*. Dicen así:

«Al Sr. D. Luis Vidart.—Difícil me sería poder hoy significar á usted cual yo deseo (1)....., la satisfaccion y entusiasmo que en mí ha despertado la lectura de su..... artículo referente á nuestro malogrado amigo el comandante D. Francisco Villamartin. Con toda el alma me asocio á la idea que usted propone, y por la cuál le felicito muy de veras, pues creo, como usted, que todos los amantes de nuestras glorias literarias, y más particularmente aún los que visten ó han vestido el honroso uniforme del ejército español, deben acudir solícitos á evitar que los restos mortales de tan ilustre escritor sean arrojados á la fosa comun, costeano por suscripcion una sepultura monumental al insigne tratadista militar español D. Francisco Villamartin.

(1) Sustituimos con puntos suspensivos las calificaciones y elogios con que aquí nos honra el Sr. Llacayo, agradeciéndole su buena voluntad y afectuosa benevolencia.

»En España sólo se proclama la celebridad de los grandes hombres cuando les cubre la losa de la tumba..... No haga el ejército con la memoria de Villamartin (que á toda costa debe perpetuar) lo que hacen los pueblos con los varones ilustres que los honraron: Los pueblos, por desgracia, olvidan muy pronto lo mismo los beneficios que las ofensas que reciben..... Celebra el pueblo español las hazañas de Mendez Nuñez en el Callao, se entusiasma con sus victorias, y el dia en que vuelve á España cubierto de honra y de laureles, no da á su proverbial modestia, tan grande como su genio, un sitio en los Cuerpos colegisladores, porque en España todo lo envenena la pasion política, y todo lo corroe y mata la intransigencia y el fanatismo de los partidos.....

»Honre el ejército la memoria de Villamartin, y no olvide que hoy el poder y el prestigio de un ejército *no están representados ya por su fuerza material*, sino por su instruccion y por su progreso intelectual, y ahí es donde hay que ir á buscar la reorganizacion del ejército; del mismo modo que el progreso de cada pueblo señala los límites de sus libertades y la extension de sus derechos. El progreso moral é intelectual, ensancha y fecundiza el campo de la libertad política.....

»Al pueblo, como al ejército, es preciso ilustrarle, y así, realzando su conciencia y su dignidad, serán ricos en virtudes y en fuerza moral. La instruccion perfecciona los sentimientos y las creencias; y ella, y sólo ella, podrá evitar que caigamos en ese politeísmo grosero de la antigua Roma, «*donde para cada vicio había un Dios, y para cada conciencia un oráculo.*»

»Reconozcámos ya sin prevencion ni restricciones *el poder de la razon*, la fuerza del espíritu público, que, segun Villamartin, se abre paso, penetra en el ejército, y *es un nuevo elemento* que hay que respetar, porque nos conduce á la victoria ó nos señala la derrota..... Si el ejército quiere ser fuerte, busque su poder, su influencia verdadera y su legítima importancia en su ilustracion y en el estricto cumplimiento de sus deberes militares. No están reñidas la disciplina con la cultura y la instruccion. Busque el ejército una sólida reorganizacion en su progreso intelectual y *en su respeto á las Ordenanzas*; glorifique hoy el ejército español á sus esclarecidos hijos, que, como Villamartin, le conducen por segura senda, ofreciéndoles justo tributo de entusiasta admiracion. Honre la memoria de Villamartin y se honrará á sí propio, demostrando que venera y santifica á los iniciadores de su progreso, porque sólo en la ciencia encontrará su ansiada regeneracion, huyendo con horror de las con-

vulsiones políticas que lo deshonran y lo envilecen.

»Cuantos quieran el engrandecimiento y dignidad del ejército, procuren *que piense y que discurra*; pidanle *criterio é inteligencia*; no pretendan que sea una colectividad indolente y refractaria á todo progreso intelectual, porque en pleno siglo XIX no puede ni debe ya ser el ejército una máquina automática movida á impulsos de los que le excitan con egoistas propósitos y con criminales medios..... Perpetuando el esclarecido nombre del comandante D. Francisco Villamartin, rendirá el ejército español un merecido homenaje de consideración al genio y al talento.

»Dispéñeme usted, Sr. Vidart, por las proporciones que he ido dando á esta carta; pero no es mía la culpa, sino de usted, que con la lectura de su..... artículo me la ha inspirado..... A no ser por usted y por su autorizada pluma, muy pronto el ejército sufriría la vergüenza y la deshonra, porque deshonra habría en ello, de ver arrojados en una fosa y perdidos para siempre los restos mortales del insigne tratadista militar D. Francisco Villamartin, á quien tuve ocasión de tratar y aprecié, y á quien respeto hoy y consagro este recuerdo.

»He escrito esta carta en cuartillas de imprenta, no porque merezca la publicidad, sino porque haga usted de ella el uso que crea conveniente, si usted juzgara que su inserción (donde y como usted quiera) puede ser de alguna utilidad en favor de los propósitos que le animan, y por los cuales felicita á usted muy cordialmente su afectísimo, etc., etc.—San Lorenzo del Escorial, 23 de Junio de 1876.»

Usando, pues, de la facultad que nos concedía el Sr. Llacayo para poder publicar su carta en la forma que creyésemos más conveniente, hemos transcrito aquí los fragmentos que anteceden, por la razón que ya dejamos indicada en el comienzo de este capítulo.

LUIS VIDART.

(Concluirá.)

CRÓNICA ARTÍSTICA.

LOS PENSIONADOS ESPAÑOLES EN ROMA Y SUS TRABAJOS.—

LAS OBRAS MUSICALES.—«GUZMAN EL BUENO», DRAMA LÍRICO EN UN ACTO DEL SR. ARNAO, PUESTO EN MÚSICA POR EL SR. BRETON.—LA ÓPERA ESPAÑOLA.—LA PROTECCIÓN FRANCESA Á LA MÚSICA.—UN NUEVO MUSEO EN EL PUEBLO DE SAN GERMAN.—HALLAZGO IMPORTANTE: EL INFIERNO.—UN NUEVO ACADÉMICO FRANCÉS.—NOTICIAS.

Expuestos hace días en la Academia de Bellas Artes los trabajos de los artistas españoles pensionados en Roma, debemos dar cuenta á nuestros lectores del número é importancia de ellos y de la impresión general que producen.

Desde luego podemos asegurar que, salvas ligeras excepciones, los trabajos son notables y están llamando la atención del público, como ántes habían llamado la de los artistas de otras naciones que los habían examinado en Roma ántes de ser remitidos á España.

De la última Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid, sacamos todos la convicción de que había un desnivel muy grande entre el mérito de las obras expuestas en la sección de escultura y las presentadas en la de pintura, con perjuicio notable de estas últimas. Atribuyóse entonces esta circunstancia á la frialdad con que fué acogida dicha Exposición por gran número de artistas, á pesar de celebrarse en su obsequio, y á la ausencia casi completa de los pintores de más fama y de muchos de los que sólo tienen una regular reputación artística. Pues bien: hoy se observa igual circunstancia, pero no se puede dar idéntica explicación, aún teniendo en cuenta la natural diferencia entre una exposición, por más restringida que fuera la que acabamos de citar, y una exhibición de las obras de unos pensionados en el segundo año de su residencia en Roma.

Los pintores y los escultores de más fama no son ciertamente los que se presentan á concurso para obtener las pensiones, porque naturalmente éstas pertenecen de derecho á los jóvenes que, teniendo grandes condiciones artísticas, necesitan aprender mucho todavía y estudiar en los grandes focos de inspiración artística para desarrollar sus naturales aptitudes. Natural era, pues, esperar que los que marcharon con análogas disposiciones y juntos han trabajado el mismo tiempo, se presentaran en el segundo año de su pensión, si no á un mismo nivel, por lo ménos á cierta moderada distancia que no hiciera parecer los años minutos para unos y siglos para otros.

A pesar de todo, y sin tratar de buscar explicaciones que no pueden encontrarse fácilmente, la verdad es que, en la pequeña exhibición á que nos referimos; está la escultura bastante por encima de la pintura, comparando naturalmente las dos mejores obras presentadas, que son el bajo-relieve de Bellver titulado *El entierro de Santa Inés*, y el cuadro de Pradilla *La salvación del naufrago*. Y cuenta que se concede á este último, con justísima razón, un gran mérito; pero en el juicio de las obras de arte entran siempre como factores las anteriores obras del autor, el tiempo trascurrido y las esperanzas que se fundaban de antemano; y la verdad es que el naufrago que se salva tras una peña llevando en brazos á su hijo, con ser una obra de vigorosa entonación y bien sentida, acaso demasiado sentida, no es todavía lo que todos esperaban de Pradilla, no es lo que hacían presumir aquellas deli-

ciosas acuarelas de que hemos visto algunas muestras en la exposicion permanente de la platería de Martínez. Vemos, pues, cierta paralización en el genio de Pradilla, pero estamos seguros de que es momentánea: Pradilla lleva en sí el germen de un gran artista, y ese germen no puede menos de continuar el desarrollo que ántes de ahora había iniciado.

El bajo-relieve de Bellver es una verdadera obra de arte ante la cual se ve diariamente un numeroso público que no se cansa de admirar sus bellezas.

La seccion de escultura sólo contiene, además de la hermosa obra de Bellver, un proyecto de pedestal para un monumento, hecho por el Sr. Figueras con bastante acierto.

En la seccion de pintura, aparte del cuadro de Pradilla, que es el mejor, hay tres paisajes de Galofre, de los cuales merece especial mencion el titulado *La puesta del Sol*; una marina y un cuadrado denominado *La vuelta al redil*, la primera regular y el segundo mucho menos, del Sr. Morera; una copia de V. Carpaccio por el Sr. Castellanos; y un cuadro de muy buen efecto, titulado *Juegos de amor*, del señor Plasencia.

El arquitecto pensionado, Sr. Anibal Alvarez, ha presentado unas bellísimas acuarelas que representan detalles del Palacio Ducal de Venecia y que cautivan en alto grado la atencion. El grabador Sr. Maurelo ha remitido unas medallas modeladas en cera.

Los honores de esta exhibicion pertenecen á los Sres. Bellver, Anibal Alvarez y Pradilla, á quienes felicitamos sinceramente.

No podemos dar cuenta tambien de los trabajos remitidos por los pensionados de la seccion de música en la Academia de Roma, porque no se prestan del mismo modo, y por simple exhibicion, al juicio público. Parece que los dos pensionados músicos han quedado reducidos á la mitad, ó sea á su mínima expresion (al renunciar el Sr. Zúbiaurre la pensión de mérito), no sabemos por qué clase de raquítica economía ó por qué nuevo alarde de falta de consideracion á la música. Pero, de todos modos, probable es que puedan conocerse en breve algunas de las obras del Sr. Chapí, que es el único pensionado músico que ha quedado, y entónces probablemente las aplaudiremos, como aplaudimos hace dos años en el teatro Real la partitura del cuadro lírico *Las naves de Cortés*, del mismo autor.

Entretanto, viene aquí como de molde consignar el éxito que ha tenido en el teatro de Apolo el cuadro lírico del Sr. Arnao, *Guzman el Bueno*, puesto en música por un condiscípulo del Sr. Chapí, el señor Breton. Nada hemos de decir del libreto del Sr. Arnao; tanto el *Guzman el Bueno* como *Las na-*

ves de Cortés del mismo autor, juzgados están por el público, y por cierto que los lectores de la REVISTA EUROPEA fueron los primeros en apreciar las bellezas literarias de estas especiales obras. La música del Sr. Breton, como la del Sr. Chapí, y como la de todos los jóvenes que empiezan ahora, con brillantes, verdaderas y propias condiciones, las tareas de la composicion musical, inclinase más, mucho más indudablemente, á la escuela de Meyerbeer, el gran regenerador de la música dramática, que á la pura y cada vez más decaída escuela italiana. Esto hace indudablemente que las concepciones de esos jóvenes compositores no sean tan comprensibles á primera vista para el público como las melodías limpias y escuetas que sólo encantan por grandísima é incomparable inspiracion; pero en cambio se presentan desde luégo con la autoridad de un maestro que conoce bien los timbres de todos y cada uno de los instrumentos, que comprende las necesidades del drama lírico moderno, que practica las grandes combinaciones instrumentales y corales, y domina, en una palabra, la ciencia de la orquestacion.

Parécenos que la música de Chapí es algo más melódica que la de Breton, y que éste se acerca un poco más que aquél á algunas de las teorías de Wagner; pero, de todos modos, ninguno de los dos se sale de lo que realmente tiene y debe tener del presente la llamada música del porvenir; y en ambos se ve la natural influencia de su maestro el Sr. Arrieta, el autor de *Marina*, *El Grumete* y tantas otras obras, el que ha logrado fundir en la turquesa de la más exquisita elegancia la melodía italiana con la melodía que podemos llamar española distinguida, el infatigable profesor cuyas teorías no se estancan, sino que, por el contrario, progresan por medio del estudio constante. La overtura ó preludio sinfónico de *Guzman el Bueno*, es una pieza bellísima que por sí sola basta á formar la reputacion de un compositor.

La ejecucion de la obra ha sido un triunfo para el Sr. Breton, que tuvo que presentarse varias veces á recibir los aplausos acompañado del señor Arrieta, porque así lo pidió el público. La señora Zamacois estuvo á la altura de su reputacion; el Sr. Obregon amanerado en demasia; los coros mal ensayados, y los trajes y la *mise en scene* nada más que regular.

Hé aquí una nueva tentativa, aislada y por lo tanto sin resultado, en favor de la ópera española. Tenemos compositores que todos conocen; tenemos libretos, como lo prueban los volúmenes publicados por los Sres. Arnao y Capdepon, y tenemos cantantes que van á buscar al extranjero lo que su patria les niega. ¿Qué falta? La union, que constituye la fuerza.

A la cuestión de la ópera española, que á pesar de todas las tentativas aisladas que se han hecho no ha pasado del estado de aspiración, está inevitablemente ligada, ó mejor dicho, debiera estarlo, la idea de protección oficial y particular al divino arte de la música, arte que, más que otro alguno, necesita el apoyo del Gobierno, de las corporaciones oficiales y aún de los particulares que puedan dispensarlo, porque para la música no tienen verdadera aplicación ni alcance inmediato las exposiciones que tanto calor y abrigo prestan á las demás bellas artes.

Si en España, donde tanto copiamos del extranjero en política, en administración, en literatura y hasta en usos y costumbres, reinara el entusiasmo artístico de que Francia nos está dando diarias muestras, hace tiempo que hubiéramos imitado á nuestros vecinos en la protección que á manos llenas dispensan siempre á la música, y otra cosa sería del estado del arte lírico en España, estado que nos complacemos en consignar es, sin embargo, muy superior al que debería tener, dada la indiferencia oficial y entregada la música como está á sus propios recursos y al favor particular del público.

No somos de los que todo lo piden al Estado; pero opinamos que mientras, por las circunstancias especiales de nuestro país, haya necesidad de proteger la industria, el comercio y la agricultura por medio de los aranceles de Aduanas, y la pintura por medio de exposiciones y compras de cuadros por el Gobierno, es á todas luces injusto que se relegue al olvido el arte lírico y no se le conceda ni el más insignificante apoyo oficial.

Francia, que subvenciona los teatros líricos, acaba de darnos una nueva prueba de que no olvida las manifestaciones musicales que no se relacionan con el teatro. El Consejo municipal de París ha consignado en el presupuesto de este año la cantidad de diez mil francos para estímulo á los compositores que se dediquen á obras sinfónicas y populares, y acaba de publicar el programa del concurso para premiar con la expresada suma al autor de la mejor sinfonía con solos y coros que se presente, cuyo mérito será decidido por un jurado de veinte miembros, previa la ejecución de las obras. La elección de asunto se deja á los compositores, siempre que se preste á los desarrollos más completos del arte y no tenga un carácter esencialmente político.

No queremos hacer más comentarios.

¿Quieren nuestros lectores una nueva muestra del entusiasmo artístico tan arraigado en todas las clases sociales de la vecina República? En la casa-ayuntamiento del pueblo de San German acaba de

instalarse un verdadero museo legado en conjunto á dicho pueblo por M. Alejandro Ducastel, antiguo habitante del mismo. Comprende el museo 97 cuadros, 29 dibujos, 60 grabados con sus marcos, dos colecciones de estampas, 100 objetos artísticos, como mármoles, porcelanas y maderas esculpidas, y más de 500 volúmenes de obras escogidas.

Entre los cuadros, los hay muy buenos, especialmente dos de la antigua escuela flamenca. La colección de dibujos de los grandes maestros es muy interesante, y en ella figura uno magnífico de Greuze, que representa á M. Juan Alejandro Ducastel, padre del donante. M. Ducastel, padre, fué un artista poco conocido, discípulo y amigo del célebre Greuze.

Una de las cosas notables de este nuevo museo es un manuscrito de la primera mitad del siglo XVI, conteniendo los estatutos de la orden de San Miguel. Este libro, admirablemente conservado, es una verdadera obra maestra que se compone de 59 hojas de papel velin. La encuadernación, en tafete encarnado de Levante, está adornada de arabescos de diversos colores, estilo Enrique II. Es un libro que está llamando la atención de los verdaderos bibliófilos.

Al demoler en París una de las casas situadas en el sitio por donde ha de pasar el futuro boulevard Enrique IV, se ha hecho un descubrimiento artístico de bastante importancia: un magnífico bajo-relieve de los últimos años del siglo XIV representando el infierno. Este precioso monumento de monografía cristiana estaba oculto hacia más de un siglo por adornos modernos. Una estatua de la virgen se hallaba sobre una horrible cabeza que figuraba la entrada del infierno.

En la gran boca de este monstruo se ve un Satán hembra sentado en su trono y encadenado; un hombre y una mujer en conversación criminal, colgados por la lengua y representando sin duda la lujuria; Judas también colgado y con los intestinos fuera; dos calderas llenas de condenados, y un pobre desgraciado ensartado en un asador que le atraviesa de parte á parte.

Dos pequeños demonios, colocados á derecha é izquierda sobre la mandíbula del monstruo y sirviendo de porteros, esperan con impaciencia una carreta que se acerca llena de reprobados, entre los cuales se ve un monje, un obispo y un monarca. Este bajo-relieve ha sido mutilado bárbaramente al sacarlo, pero se está tratando de restaurarlo y en seguida será enviado al museo de Cluny.

Con la muerte de Feliciano David, de que oportunamente dimos cuenta á nuestros lectores, había quedado una vacante en la Academia de Bellas Ar-

tes de Francia. Para esta vacante ha sido elegido, despues de dos reñidas votaciones, el notable compositor y literato Ernesto Reyer. El candidato que le opusieron una parte de los académicos era Ernesto Boulanger; pero en la segunda votacion sólo obtuvo 10 votos, por 20 que reunió Reyer. También obtuvieron algunos votos los Sres. Duprato, Membrée y Semet. La eleccion de Reyer ha sido muy bien acogida en todos los círculos musicales. Reyer es el Barbieri frances, no tan aficionado como el nuestro á preferir los triunfos del género ligero y popular á los de las grandes manifestaciones dramáticas que le son igualmente fáciles; pero tan inclinado uno como otro, y en esto reside la causa de la comparacion, al cultivo simultáneo de la composición musical y de la literatura.

En la gran Exposicion universal que se prepara en Paris para 1878, tendrá la arqueología una espléndida representacion con el nombre de exposicion retrospectiva: comprenderá todas las curiosidades de todos los géneros y de todos los países desde los tiempos prehistóricos hasta 1800. Para preparar esta colosal exposicion se ha nombrado un comité arqueológico presidido por M. Longperier.

—Ha fallecido en Paris M. Eduardo Batiste, profesor del Conservatorio. Era discípulo de Halevy y llevaba ya más de cuarenta años de profesorado.

M. SOLOGUREN.

CRÓNICA CIENTIFICA.

LA SOCIEDAD DE AUTOPSIA MUTUA.

Se ha fundado en Paris con esta denominacion una Sociedad que tiene por objeto formar la base de una serie de experimentos anatómicos que dé por resultado adquirir más y más nociones de las que se poseen sobre las funciones cerebrales y sobre la localizacion de las diversas facultades; nociones de que, segun los fundadores, y no les falta razon, depende el porvenir de la humanidad. Las razones en que se funda la Sociedad de autopsia mutua son tan curiosas como sensatas.

La experimentacion sobre los animales, tan fecunda en resultados para dilucidar los problemas que conciernen á las funciones fisiológicas (movimientos, sensaciones, secrecion, etc.), no han dado gran luz hasta ahora para el estudio de los fenómenos de la inteligencia. Solo el estudio del encéfalo humano ha enriquecido la ciencia con nociones positivas en este punto.

Las nociones que hoy se tienen sobre las funciones cerebrales son resultado, en su mayor parte, de autopsias, por medio de las cuales se ha podido demostrar que una lesion de tal parte del cerebro coincidía con la pérdida de tal funcion. Hasta ahora no existe más que el estudio patológico de la psicología, basado sobre la observacion rigurosa de los hechos.

El estudio fisiológico de la psicología, es decir, la determinacion de la relacion existente entre tal funcion especial y tal porcion claramente limitada del cerebro, es todavía muy incompleto. Esta falta proviene de que no se hacen autopsias más que en los hospitales, y que el exámen no alcanza al cerebro sino en los casos en que el sujeto hubiera presentado durante su vida alguna lesion cerebral.

El estudio directo de que nos ocupamos no podría completarse en un medio en que el médico no sabe nada generalmente de la vida, del carácter, ni de las aptitudes de la persona confiada á su cuidado. Por otra parte, aunque fuesen más conocidos los sujetos que se pueden observar en los hospitales, el estudio de su encéfalo no podría suministrar nociones suficientes, porque pertenecen á la parte desheredada de las poblaciones, que por los defectos de nuestra organizacion social no ha podido desarrollar las aptitudes cerebrales que posee en germen. Para ser fecundas las observaciones, deben hacerse en individuos pertenecientes á las clases educadas, es decir, personas conocidas, que tengan méritos, como sabios, literatos, artistas, industriales, políticos, etc. En estas personas, cuya vida ha sido en parte pública, el estudio comparativo de las circunvoluciones sanas y de las facultades en accion podrá conducir á nociones positivas.

Bajo el punto de vista puramente médico, el estudio profundo de los órganos despues de la muerte está llamado á ser una salvaguardia contra el desarrollo de las enfermedades hereditarias. Reducido á lo que hoy es, ese estudio es completamente ineficaz por dos razones: 1.º, cuando se hace una autopsia en un hospital no se llevan jamás los resultados al conocimiento de los principales interesados, los parientes del difunto; 2.º, los médicos encargados de cuidar á los descendientes ignoran también esos datos. Si la ciencia médica saca siempre provechos generales de esas observaciones cotidianas, la familia no aprovecha jamás el beneficio inmediato que sacaría de la comunicacion de los resultados obtenidos en la autopsia.

En interes de la salud pública y de la longevidad de las generaciones del porvenir, sería de desear que se generalizase la práctica de las autopsias, no solamente en los hospitales, sino también en la visita médica de las ciudades, y que siempre se entregará á la familia una Memoria con los resultados y observaciones hechas, para conocimiento y guía de los médicos que se encarguen de las enfermedades de los descendientes. Estas Memorias, bajo su doble aspecto patológico y psicológico, están llamadas á constituir el estado civil de salida de la humanidad. La higiene y la educacion encontrarán en ellas elementos propios para procurar llegar al desideratum: «*Mens sana in corpore sano.*»

Bien han comprendido los fundadores de la Sociedad de que nos ocupamos, que durante mucho tiempo la generalizacion de la práctica fecunda de las autopsias se ha de ver detenida y dificultada por numerosas preocupaciones, basadas especialmente en el sentimentalismo. Y para vencer estas dificultades con el ejemplo, han establecido como las bases fundamentales de la Sociedad los dos artículos siguientes:

Artículo 1.º Cada socio se compromete desde luego á concurrir al doble objeto científico y humanitario de la Sociedad, disponiendo que se proceda á su autopsia.

Art. 2.º A fin de quitar de antemano todo obstáculo que pudiera presentarse despues de su muerte á la ejecucion de su voluntad, todo socio tiene obligacion de dejar escrito de su puño y letra, y por duplicado, un testamento concebido en estos términos:

«Deseo y quiero que despues de mi muerte se proceda á mi autopsia, á fin de que el descubrimiento de los vicios de conformacion ó de las enfermedades hereditarias pueda seryir de guía en el empleo de los medios propios para combatir el desarrollo de los males en mis descendientes. Deseo además que mi cuerpo sea utilizado en provecho de la idea científica que he sostenido en vida. Con este objeto, lego mi cadáver, y especialmente mi cerebro y mi cráneo, al laboratorio de antropología, donde será utilizado de la manera que se crea conveniente, sin que nadie pueda hacer oposicion á la ejecucion de estas cláusulas que constituyen mi expresa y espontánea voluntad. Las partes de mi cadáver que no sean utilizadas, serán inhumadas de la manera siguiente:.....» (Cada cual dispondrá su entierro de la manera que tenga por conveniente.)

Han constituido la Sociedad como fundadores las conocidísimas personas siguientes: Dr. Coudereau, Dr. Collineau, Mortillet, Giry, Dr. Thulié, Jacquet, Asseline, Dr. Obedenard, E. Veron, Robert Hals, Dr. Topinard, I. Guyot, E. Barbier, Dr. Delaunay, Issaurat, A. Hovelacque, Ernesto Chantre, Dr. Bertillon, Dr. Letourneau.

Dos palabras únicamente por nuestra cuenta:

Aun prescindiendo de los grandes progresos generales que podría obtener la ciencia por los estudios prácticos frecuentes á que darian lugar las autopsias de personas ilustradas, es evidente á primera vista la utilidad de la formacion en cada familia de esa especie de archivo de observaciones patológicas y psicológicas que revelarían quizá grandes secretos que hoy oculta la tumba, y que serían preciosos en las enfermedades hereditarias. Pero si en Francia reconocen los fundadores de la Sociedad que pueden luchar con grandes obstáculos, ¿cuáles serían estos en España? Por nuestra parte, considerariamos como un progreso la aplicacion á nuestro país, en la parte que fuera posible, de la práctica de la idea que ha servido de base para la nueva Sociedad francesa, pero creemos que no está todavía la madalena para tafetanes.

A. LEON.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Ateneo de Madrid.

SECCION DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS.

La Constitucion política de Inglaterra.

Continuando el Sr. Sanchez su interrumpido discurso, expresó que los señores que habian hablado de las instituciones inglesas, no habian hecho otra cosa que panegiricos, sin entrar en un exámen detenido y concienzudo de ellas. El Sr. Moret, al tratar del Jurado, cantó con hermosas figuras sus alabán-

zas; pero no consiguió demostrar que esta institucion es ventajosa, y sobre todo posible en nuestra patria. Tambien decia el Sr. Moret: «Para trasladar aquí las instituciones de Inglaterra necesitamos un punto de partida; dadme ilustracion, dadme una sociedad que respete la ley, y yo os daré las instituciones inglesas.» Esto seria lo mismo que si un médico dijese en presencia de un paciente: «Yo curaria á ese enfermo si no estuviese enfermo.» Claro está que la dificultad sólo estriba en que no hay punto de partida; si lo hubiera, para nada necesitaríamos de los hombres de Estado.—En cuanto á la educacion, que era para el Sr. Moret el único medio de regenerar nuestra vida política, el Sr. Sanchez cree que sólo puede llevarse á cabo por asociaciones independientes del Estado y nacidas del mismo pueblo. Los que hoy hablan de educacion son, por lo general, partidarios de la enseñanza que llaman obligatoria y laica. Pero la enseñanza obligatoria, siendo laica, es un verdadero atentado contra la conciencia, porque todo el que tenga una religion positiva, cualquiera que ella sea, no puede ménos de rechazarla.

El orador indica despues, que sólo dirá dos palabras para dejar planteado el tema dentro de sus convenientes límites. Afirma que la Constitucion de Inglaterra es la negacion más rotunda de ese ideologismo que aquí llamamos revolucion. Los ingleses, que son hombres prácticos y de buen sentido, no improvisaron su Constitucion, como aquí repetidas veces lo hemos pretendido llevar á cabo nosotros. He leído y releído, dice, tantas veces la Constitucion de 1837, que la he llegado á aprender de memoria; pero despues, confieso ingénuamente que no he vuelto á estudiar otra, porque no quiero tomarme el trabajo de aprender un día lo que es preciso que olvide al día siguiente. La Constitucion inglesa no es otra cosa que una coleccion de leyes redactadas en un periodo de siglos, lo mismo que nuestra Recopilacion.

Pero aquí, señores, suele hablarse mucho de porvenir y de ideal. ¿Y qué es el porvenir y qué es el ideal, pregunto yo? El ideal, segun lo entienden los señores de la escuela democrática, viene á ser un molde dentro del que se pretende encerrar á toda una generacion. En Inglaterra no se habla tanto de ideales como aquí, y se gobiernan mucho mejor. En Inglaterra, aunque á algunos les parezca cosa extraña, no existe el sufragio universal ni para la Cámara de los Lores, ni aún siquiera para la de los Comunes, con ser esta una Asamblea popular. Mas aquí todo creemos arreglarlo con crear ideales, hasta el punto de que ya casi existen tantos ideales como personas. Se constituye un gobierno con un ideal; pero surge una excision en él, y aparecen ya dos ideales; cada una de estas divisiones se subdivide, y tenemos cuatro ideales; y así sucesivamente, hasta que llegamos á vernos sofocados con tanto ideal. En Inglaterra están muy léjos de parar su atencion en estas ridiculeces. En aquel país, ántes que un hombre se eleve al cargo de ministro, es necesario que tenga bien acreditada su pericia y su experiencia; pero en el nuestro basta que un jóven haya mostrado algunas disposiciones para que no tengamos inconveniente en confiarle la direccion de la cosa pública, en cuyo puesto, como es natural, se confunde y no puede sostenerse. Porque hay en España la creencia de que un hombre de talento que no sea diputado ó no desempeñe un alto cargo en la politica está desairado, mientras en Inglaterra, por el contrario, se juzga con mucho acierto que el talento debe apli-

carse á la ciencia, al arte, á la industria y á todos los demas fines humanos.

El orador termina afirmando que en España estamos oyendo constantemente las mismas ideas, las mismas declamaciones sobre los ideales y el porvenir, sin que hasta ahora hayamos conseguido mejorar bajo ningun aspecto nuestra sociedad.

—El Sr. Figuerola, que tomó la palabra despues, hizo presente que no iba á contestar al Sr. Sanchez, porque no había tenido el gusto de escuchar por entero su discurso, sino á exponer algunas de sus ideas sobre el tema que se debate.

La primera cuestion que el orador aspira á resolver, es la que se enuncia en la segunda parte del tema. ¿Las instituciones de Inglaterra son aplicables á nuestro pais? Y opina que para ver con más claridad esto, es necesario presentar algun ejemplo.— Los jóvenes que en España siguen la carrera de jurisprudencia, dedican nada ménos que dos años al estudio del derecho romano. ¿Qué utilidad produce esto? ¿Es por acaso la sociedad española semejante á la romana? No, pero los romanos han trabajado con mayor acierto que ningun otro pueblo sobre el derecho privado, y á nadie puede extrañar que nos aprovechemos de sus trabajos. Despues de todo, ya sabemos que el género humano es solidario, lo mismo en sus desmayos que en sus progresos.— ¿Para que hubiésemos tenido ferro-carriles se necesitó quizá que en España inventáramos el vapor y construyésemos uno por uno todos los artefactos necesarios para disfrutar de este invento? Ciertamente que no; hemos utilizado el invento de un inglés, y las maquinarias venido de Inglaterra, sin que por ello se hubiese resentido nuestro patriotismo. Pues al tenor que nos hemos aprovechado de sus progresos materiales, ¿no podremos utilizar de algun modo sus adelantos políticos? Es evidente, y ya lo hemos hecho. Inglaterra no ha redactado una Constitucion porque no tenia necesidad de hacerlo. Poseía un organismo político cuyos poderes funcionaban de un cierto modo regulado por la costumbre. Pero véase cómo en los Estados-Unidos, donde no concurrieron idénticas circunstancias, el mismo pueblo inglés hubo de redactar una Constitucion articulada. Ciertamente que la manera de ser de Inglaterra era muy distinta de la de la mayor parte de los países, pero en su derecho existen idénticos principios, aunque combinados en distinta proporcion por las diversas condiciones históricas en que ha vivido. En Inglaterra, el pueblo y la nobleza formaron liga contra la Corona, librándose así de la avasalladora influencia que esta ejerció en el resto de la Europa.

El Sr. Sanchez nos presentaba ejemplos de las degradaciones y vilezas del Parlamento inglés. No seré yo el que las niegue; pero, para mi, ofrecen consecuencias muy distintas. Porque todas las violencias y genialidades de Enrique VIII dieron para Inglaterra un feliz resultado: la ruptura con Roma. La ruptura con Roma y la abolicion del ejército permanente fueron los dos grandes elementos que formaron la prosperidad de aquella nacion.

Y no se diga que Inglaterra no ha tenido revoluciones, pues se ha visto agitada por una más larga y más sangrienta que la francesa. Sólo comparable á la nuestra, que ni dió principio el año de 1854 ni en 1868, sino que principia en 1808, y se prolonga hasta nuestros días, sin que podamos presumir cuándo terminará.

En Inglaterra ha habido tambien fanatismo reli-

gioso tan exacerbado como en España, y las guerras que el fanatismo engendró han sido bien cruentas y desdichadas.

Pero los pueblos protestantes se han curado más de la moral que del dogma, mientras los católicos han dedicado preferentemente su atencion al sostenimiento de los dogmas. De aquí el que el nivel moral de los pueblos latinos haya decrecido mientras fué subiendo el de los germanos.

Otro de los elementos que, á juicio del orador, influyeron más poderosamente en la prosperidad de Inglaterra, es la abolicion del ejército permanente. Es verdad que su peculiar situacion topográfica le ha obligado á sostener una armada formidable, pero ya desde la Carta-Magna echamos de ver la repugnancia que los ingleses sienten hácia el ejército permanente.

Pero se dice que no podemos seguir las huellas de Inglaterra para traer á nuestra patria la libertad. ¿Como si no hubiese existido jamás la libertad en nuestra raza! ¿Como si no fuésemos hijos de la altiva Roma! Ciertamente que el individualismo que predomina en la raza germana da por resultado una mayor libertad é independencia, pero no se olvide que esto se verifica á expensas de la igualdad. Lo contrario sucede entre nosotros, donde predomina la igualdad á expensas de la libertad.

Si se quiere ver demostrado bien claramente cómo es posible aplicar las instituciones de un pueblo á otro, aunque por su origen y por su historia sean completamente distintos, no hay más que volver la vista á Bélgica, pueblo que tiene sangre española. El carácter de su Constitucion está tomado fielmente de la inglesa.—Otro pueblo, el italiano, cuyo organismo político es en el día de los más robustos, tambien ha traducido de Inglaterra la mayor parte de sus formas políticas.—De Portugal apenas tendríamos que hablar, pues todos saben bien hasta qué punto se ha identificado su manera de ser política con la constitucion de Inglaterra. En Portugal, pueblo que es nuestro hermano por la geografia, por el origen y por la historia, existe esa institucion que tan duramente condenó el Sr. Sanchez, el Jurado, no sólo para los negocios criminales, sino hasta para los civiles. El Jurado tendrá seguramente defectos y podrá acarrear algunos males; pero aunque no diera otro resultado que el de variar el procedimiento actual tan ocasionado á abusos, debiéramos desear ardientemente su aplicacion en nuestra patria.

Termina diciendo que es posible aplicar á nuestro país muchos de los principios que informan la política inglesa, y que de hecho ya hemos aplicado algunos. El artículo de nuestras Constituciones que se refiere á la seguridad individual, está traducido de la inglesa. En Inglaterra no existen pasaportes desde la Carta-Magna, y la Europa ya no tiene pasaportes. Bien podemos esperar que iremos aprovechando con el tiempo, por medio de útiles reformas, los elementos principales que han contribuido al progreso y civilizacion de aquel país.

Madrid 30 de Noviembre de 1876.